



Estudios Sociológicos

ISSN: 0185-4186

revistaces@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Abend, Gabriel

Estilos de pensamiento sociológico: sociologías, epistemologías y la búsqueda de la verdad en México
y Estados Unidos

Estudios Sociológicos, vol. XXV, núm. 75, septiembre-diciembre, 2007, pp. 573-637

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59825301>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Estilos de pensamiento sociológico: sociologías, epistemologías y la búsqueda de la verdad en México y Estados Unidos*

Gabriel Abend

Introducción[†]

LA FRASE “FÍSICA uruguaya” puede referirse a los departamentos de física que haya en Montevideo o a los físicos que sean ciudadanos de Uruguay. Pero en la medida que se refiera a teorías y leyes, la concepción tradicional de la ciencia consideraría que “física uruguaya” es un oxímoron. Las ecua-

* Este artículo se publicó en inglés en la revista *Sociological Theory* en el número de marzo de 2006 (vol. 24, núm. 1, pp. 1-41). Agradezco a la American Sociological Association por permitirme publicar una traducción al español. También agradezco al director de *Estudios Sociológicos*, Marco Estrada Saavedra, y a los dictaminadores anónimos por sus excelentes comentarios. Germán Franco se vio enfrentado a una traducción que, por varias razones, era extremadamente compleja, y con gran inteligencia y esmero la llevó a buen puerto. Como el lector podrá apreciar, el hecho de que este artículo haya sido aceptado por esta revista impugna (al menos en un cierto sentido) sus propios argumentos. De cualquier manera, dada la naturaleza de estos argumentos, es muy importante para mí que el artículo sea publicado en México y en español.

† Mi investigación en México estuvo apoyada por el Center for International and Comparative Studies de la Northwestern University y una beca Fulbright Alumni Initiative. Agradezco la hospitalidad del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México y el Centro de Investigación y Docencia Económicas. Tuve el beneficio de contar con los comentarios y sugerencias de Sarah Babb, Charles Camic, Paula England, Marion Fourcade-Gourinchas, Andreas Glaeser, Rebeca de Gortari, Natividad Gutiérrez, Carol Heimer, Jerry Jacobs, Michèle Lamont, Jeff Manza, Ann Orloff, Juan Manuel Ortega, Devah Pager, Olivier Roueff, Michael Sauder, Ben Ross Schneider, George Steinmetz, Jessica Thruk, Francisco Zapata, varios dictaminadores anónimos, y los editores de *Sociological Theory* (Adams, Alexander, Eyerman y Gorski). Debo un agradecimiento especial a Bruce Carruthers, Elif Kale-Lostuvali y Arthur Stinchcombe, quienes leyeron más borradores de este artículo de los que tengo memoria.

ciones de Maxwell no son escocesas; tampoco sería francesa la refutación de Lavoisier de la teoría del flogisto acerca de la combustión. De hecho, el oxímoron puede hacerse más marcado: “la actitud escocesa hacia los juicios de valor” o “concepción francesa de la objetividad” parecen ser, desde el punto de vista de la ciencia, expresiones ininteligibles. A diferencia de las costumbres, las culturas políticas y los juicios estéticos, la ciencia, reza este argumento, es universal.

En palabras de Mannheim (1966 [1929]:265), “la sociología del conocimiento se ha impuesto la tarea de resolver el problema de las condiciones sociales en que nace el pensamiento”. Si se toma a la ciencia como un caso especial de conocimiento, uno reconocería de inmediato que el hecho de que dos comunidades de sociólogos puedan interesarse en distintos tópicos o privilegiar diferentes métodos se explicaría por “la base existencial de las producciones mentales” (Merton, 1968 [1949]:514). Este argumento es consistente con “la imagen que [en general tanto científicos como legos] tenemos actualmente de la ciencia” (Kuhn, 1970 [1962]:1), según la cual la ciencia es objetiva, racional y universal. En efecto, se puede argumentar que la elección de un objeto de investigación o de una herramienta metodológica es sólo cuestión de gustos sin relación con el contexto de justificación. En contraste, *no* sería consistente con la concepción tradicional de ciencia si dos comunidades de sociólogos se diferenciaran en algo *más fundamental*: los criterios mediante los cuales discriminan entre afirmaciones verdaderas y falsas, su definición de qué es lo que constituye el conocimiento, su forma de entender qué apariencia debería tener una teoría aceptable —es decir, sus supuestos epistemológicos—. Mientras que existen bases teóricas y empíricas para esperar encontrar variaciones, por ejemplo, en los focos de atención y los ritmos de progreso, averiguar que los fundamentos mismos de la sociología de alguna manera son “socialmente construidos” podría ser un hallazgo inesperado e inquietante (acerca de estas comillas, véase Hacking, 1999).

Precisamente, ésta es la cuestión que aborda el presente texto —su argumento principal es: *en los discursos de las sociologías mexicana y estadounidense subyacen de manera consistente supuestos epistemológicos significativamente diferentes*. De hecho, estas dos *Denkgemeinschaften* (Fleck, 1979 [1935]) son marcadamente disímiles por lo menos en cuatro grupos de variables (véase, por ejemplo, Andrade Carreño, 1998; Benítez Zenteno, 1987; Brachet-Márquez, 1997; Davis, 1992; Garza Toledo, 1989; Girola y Olvera 1994; Girola y Zabludovsky, 1991; Leal y Fernández *et al.*, 1995; Paoli Bolio, 1990; Sefchovich, 1989): sus preferencias temáticas, teóricas y metodológicas; su desarrollo histórico e influencias intelectuales; la sociedad, cultura e instituciones en la que se encuentran engastadas; y el lenguaje que usan

normalmente. Es razonable esperar que si se puede hallar en algún caso variación en los supuestos epistemológicos, sería más probable cuando existe variación en estos grupos de variables también. Así, la comparación de las sociologías mexicana y estadounidense es fructífera para abordar la cuestión de aquella diferencia “más fundamental”.

Tanto la sociología estadounidense como la mexicana alegan que su oficio es el de hacer afirmaciones de conocimiento científico verdaderas acerca del mundo social. A contrapelo de las concepciones convencionales de la ciencia, muestro que sus afirmaciones de verdad y científicidad se basan en fundamentos epistemológicos distintos. Este artículo está organizado de la siguiente manera. Enseguida de exponer mis datos y métodos, presento mis resultados en tres extensas secciones, cada una de las cuales se ocupa de una dimensión epistemológica distinta: la primera de éstas explora la naturaleza y papel de las teorías, y el diálogo entre teoría y evidencia; la segunda trata de averiguar si se busca la objetividad epistémica y cómo; la tercera examina hasta qué punto se persigue y alcanza el ideal de una ciencia libre de valores.

A su vez, mis resultados empíricos suscitan dos problemas teóricos que examino en la conclusión. El primero es cómo explicar la diferencia que describo. El desarrollo de una teoría que pueda explicar el excepcionalmente complejo proceso mediante el cual las sociologías estadounidense y mexicana han llegado a sostener sus distintivos compromisos epistemológicos necesitaría un profundo estudio histórico, que rebasa los límites de este artículo. No obstante, sugeriré tres líneas de reflexión que tal teoría podría aprovechar. El segundo problema teórico es en qué sentido puede decirse que variaciones en las epistemologías son más fundamentales que variaciones en, por ejemplo, métodos o tópicos. Esto nos conducirá al tema de la commensurabilidad o la traducibilidad, o sea, si acaso es posible la traducción de unas afirmaciones teóricas a otras expresadas en estas lenguas (o si existe un metalenguaje al que ambas pudieran ser traducidas). Mi argumento es que este problema es crucial para la sociología del conocimiento en general, y para lo que llamo la “sociología de las epistemologías” en particular.

Por más obvio que parezca ya en este momento, aun así quisiera subrayar que esto no es un tratado epistemológico sino un texto sobre la sociología del conocimiento. De ahí que, siguiendo los dictados de imparcialidad y simetría de Bloor (1991 [1976]:7) no concedo ningún privilegio epistémico a las maneras mexicana o estadounidense de llevar a cabo el estudio del mundo social. No sé ni me preocupo por cómo se distribuyen las creencias verdaderas o falsas.¹ Cuando recurro a la filosofía de la ciencia, por ejemplo en los

¹ Como examino con cierto detenimiento en la conclusión, hay un sentido en el que esta

argumentos acerca de la noción de “objetividad”, es para definir de manera rigurosa e inequívoca los conceptos que mido empíricamente. En este sentido, el trabajo de los filósofos es muy útil para los sociólogos del conocimiento. Sin embargo, mi abordaje no es teórico, normativo o filosófico —es empírico y sociológico. Como arguyo en la conclusión, los sociólogos podrían sacar mucho provecho del estudio de las epistemologías de la misma manera en que han estudiado otras clases de creencias científicas y no científicas.

Datos y métodos

Mi investigación de los presupuestos epistemológicos que subyacen en el discurso de las sociologías estadounidense y mexicana se basa en un análisis de contenido de una muestra de artículos de revistas académicas. La muestra se toma de revistas de sociología, dos mexicanas y dos de Estados Unidos: *Estudios Sociológicos* (ES) y *Revista Mexicana de Sociología* (RMS); *American Journal of Sociology* (AJS) y *American Sociological Review* (ASR), respectivamente. Estas revistas son las más citadas y de mayor prestigio en cada comunidad.² Se consideran los siguientes volúmenes: ES volúmenes XIV a XVIII (1996-2000), RMS volúmenes LVIII a LXII (1996-2000), AJS volúmenes 101 a 106 (1995-2001) y ASR volúmenes 61 a 66 (1996-2001). A lo largo de estos períodos ha habido tres directores en ES y dos directores en RMS, mientras que AJS ha tenido tres *editors* distintos y ASR dos *editors* y un *editorial team*.³ Estas variaciones proporcionan un leve grado de control sobre el efecto de la variable “director”.

afirmación es reflexivamente problemática. Acerca de la reflexividad en la sociología del conocimiento científico, véase Ashmore (1989) y Woolgar (1988a).

² Por ejemplo, ASR y AJS sostenidamente han estado a la cabeza en las evaluaciones de “citas totales” y “factor de impacto” que aparecen en los *Journal Citation Reports* de ISI-Thomson, así como en las mediciones de “core influence” (influencia medular) de Allen (1990, 2003). Si bien no hay mediciones comparables en México, RMS y ES son consideradas ampliamente como las revistas mexicanas de sociología más reconocidas. Junto con la revista de teoría *Sociológica*, consistentemente aparecen como las mejores en las evaluaciones de su prestigio hechas por los propios sociólogos (por ej., Cruz y Gutiérrez L., 2001:112). Asimismo, cuando el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) de México estableció su Padrón de excelencia de revistas de ciencia y tecnología (hoy Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica) en 1994, ES y RMS fueron las únicas dos revistas de corte empírico en ser incluidas (Andrade Carreño, 1995:201).

³ No obstante, el ejercicio de Andrew Abbott en AJS comenzó a partir del número 4 del volumen 106, y el de José Luis Reyna en ES a partir del número 3 del volumen XVIII. ES publica tres números al año, RMS cuatro, AJS seis y ASR seis.

La población de artículos de la que tomo mi muestra no consiste en todos los textos publicados en los volúmenes de las revistas antes mencionadas. En primer lugar, excluye: notas editoriales, reseñas de libros y reseñas críticas, comentarios y respuestas, discursos, traducciones y cualquier otro texto que no haya estado sujeto a dictamen (en la medida que es posible deducirlo). Tampoco incluye artículos de corte teórico, metodológico o exegético, pues entre mis intereses principales se cuentan el diálogo entre teoría y datos y la búsqueda de representaciones objetivas de la realidad.

Hay todavía otro grupo de artículos que no están incluidos en mi población. Para un cándido “antropólogo de las sociologías”, la diferencia más sorprendente entre *ASR* y *AJS*, por una parte, y *ES* y *RMS* por la otra, sería la ubicuidad en aquéllas en oposición a la virtual falta en éstas de modelos estadísticos y formales. Esto es de gran importancia pues la variable “método” da cuenta de una parte considerable de la variación de las dimensiones epistemológicas que se estudian aquí. Específicamente, el artículo estadounidense modal, que se centra en un modelo estadístico y emplea prácticas argumentativas y retóricas muy estandarizadas, implica una cierta relación entre teoría y evidencia y de manera potente muestra objetividad mediante números y fórmulas. El que los textos estadounidenses, mayormente cuantitativos, y los mexicanos, mayormente no cuantitativos, se asocien a supuestos epistemológicos disímiles no sería difícil de establecer. Una argumentación más interesante es que la diferencia se mantiene una vez que se ha controlado la variable “método”. Y, dadas las características de las dos distribuciones, la única solución viable es comparar sólo los artículos no cuantitativos. Al introducir un sesgo en las poblaciones de artículos que haga más difícil rechazar la hipótesis nula de no diferencia, este paso en el diseño de la investigación somete mis afirmaciones a una prueba mucho más dura. Así, da pie a conclusiones más sólidas, e incluso tal vez a argumentos *a fortiori* (por ejemplo, según la línea marcada por lo que Calhoun (1996) llama la “domesticación” de la sociología histórica). En la práctica, estableceré los siguientes criterios para distinguir entre artículos “cuantitativos” y “no cuantitativos”. Un “artículo cuantitativo estándar”: 1) utiliza OLS (*ordinary least squares*, Mínimos Cuadrados Ordinarios), modelos estadísticos más avanzados u otro tipo de modelación formal (teoría de juegos, modelos de redes, etc.); y 2) estos modelos tienen un papel clave en el argumento (si se trata de un texto que echa mano de más de un método, los modelos tienen un papel por lo menos igual de importante que el otro método utilizado).⁴

⁴ El criterio que establezco para determinar que las regresiones OLS (más que, digamos, las tablas cruzadas) marcan la diferencia entre los artículos cuantitativos y los no cuantitativos se basa

Cuadro 1

Características de la muestra

Revista	Volúmenes	Número de volúmenes	Años	Total de artículos empíricos	Artículos no cuantitativos	Tamaño de la muestra	Proporción
RMS	LVIII-LXII	5	1996-2000	154	153	15	9.80
ES	XIV-XVIII	5	1996-2000	92	91	15	16.48
ASR	61-66	6	1996-2001	258	45	15	33.33
AJS	101-106	6	1995-2001	167	40	15	37.50

RMS, *Revista Mexicana de Sociología*; ES, *Estudios Sociológicos*; ASR, *American Sociological Review*; AJS, *American Journal of Sociology*.

Una vez delineada la población de artículos, tomé una muestra aleatoria de 15 casos para cada una de las cuatro revistas consideradas.⁵ Estas muestras constituyen una fracción diferente del número total de textos empíricos no cuantitativos que se publicó en cada una. Esta diferencia se debe al método mediante el cual controlo la variable “método”, lo cual excluye aproximadamente a 80% de los artículos estadounidenses. En contraste, sólo *dos* artículos mexicanos cumplen los dos criterios mencionados anteriormente. Por ello, las inferencias a partir de los cálculos estadísticos de las muestras con respecto a los parámetros de las poblaciones tienen distintos grados de confianza. Toda la información concerniente a mi muestra se resume en el Cuadro 1.

Al menos por tres razones, las conclusiones a las que se llegó con estos datos no pueden generalizarse *tout court* a la sociología estadounidense o la mexicana. Por lo tanto, expresiones como “sociología estadounidense” y “sociología mexicana”, que uso a lo largo de este texto, deben tomarse sólo como etiquetas usadas por comodidad. En primer lugar, un artículo de revista académica es un artefacto literario, que oculta los complejos procesos sociales que intervienen al “practicar” o “hacer” (*do y make*) ciencia. Podría buscar-

en la manera en que la comunidad de que se trate marque ella misma la diferencia. Es decir, mientras los artículos que hacen regresiones OLS en general se consideran cuantitativos, los que presentan tablas cruzadas en general son vistos como no cuantitativos. Dos limitantes de mis criterios son: primero, que no construyo un indicador objetivo para el segundo criterio; segundo, hay que admitir que la noción de “modelos estadísticos más avanzados” es borrosa (*fuzzy*).

⁵ La lista completa de los 60 artículos elegidos al azar puede ser solicitada al autor.

se igualmente supuestos epistemológicos en otros tipos de prácticas y discursos científicos, en especial si nos interesa estudiar a la “ciencia en acción” (Latour, 1987). En segundo, hay libros. La mayor parte de los sociólogos escribe y publica tanto artículos como libros, e incluso hay “gente de libros”, que no escribe artículos y no le gusta que se le considere como autores de artículos (Clemens *et al.*, 1995:450). El efecto del género del texto en los presupuestos epistemológicos es evidente, y sólo puedo recomendar su examen empírico.

En tercer lugar, y de manera muy importante, determinar de qué son representativas las cuatro revistas seleccionadas no es un problema de fácil solución —con toda seguridad la mayor parte de quienes se dedican profesionalmente a la sociología no publica en estas revistas, ciertamente debe haber variaciones en cada comunidad y los consensos disciplinares son débiles. Por ejemplo, en Estados Unidos hay una amplia gama de revistas, y su correspondiente amplia gama de inclinaciones epistemológicas.⁶ En particular, algunas de estas revistas, desde el punto de vista epistemológico, se oponen a *ASR* y *AJS*. Así, incluso si nos restringimos al ámbito de las revistas, mis datos no son representativos de la disciplina en su conjunto, sino de una especie particular de discurso sociológico. Para mis propósitos, el rasgo más importante de las cuatro revistas elegidas es su alto prestigio (*status*), por el que a menudo se les califica de revistas “líderes”, “principales” o “las mejores”. Y esto es precisamente la razón de haberlas seleccionado. En vista de mis objetivos, es razonable enfocarse en las revistas que se ubican en el centro del campo sociológico. Entre otras cosas, los actores centrales pueden definir, de manera más efectiva, estándares de normatividad, se les asocia con mayor disposición con el campo mismo y por lo general definen los términos de la discusión. No obstante, debe tenerse en cuenta que las cuatro revistas seleccionadas no son las únicas en su medio, incluso pese a ocupar una posición de privilegio en términos de poder e influencia.

Concluyamos abordando dos aspectos metodológicos más. Los artículos de revista son construcciones retóricas diseñadas para persuadir a la comunidad a la que se dirigen acerca de la veracidad de sus afirmaciones (*claims*) (acerca de la retórica de la ciencia, véase Bazerman, 1988; Gross, 1990; Gusfield, 1976, 1981; McCloskey, 1985; Nelson, Megill y McCloskey, 1987; Woolgar, 1981). De hecho, gracias a la “mano invisible del dictamen o arbitraje anónimo (*peer review*)” (Harnad, 1998), la comunidad no sólo puede aceptar o rechazar el producto de un trabajo, sino incluso “corregirlo”. Así pues, mi

⁶ Hay una asimetría aquí entre la sociología mexicana y la sociología estadounidense, porque la cantidad de revistas en México es mucho menor que la que hay en Estados Unidos.

análisis de artículos de revistas académicas no versa sobre el “verdadero yo epistemológico” de cada sociólogo en lo individual, el que se hubiera manifestado si no hubiera presentado sus textos a una revista de prestigio. Mi análisis, por lo tanto, tiene por objetivo arrojar luz de manera específica sobre los presupuestos epistemológicos *comunales*.⁷

Finalmente, mientras se acepta ampliamente que los discursos científicos están apuntalados por supuestos epistemológicos (y también ontológicos), pese a que no se adopten de manera consciente, es más discutible cómo puede accederse a ellos empíricamente. Es evidente que no se puede tener acceso a ellos directamente como en cambio sí se tiene en cuanto al tópico del texto o el género (sexo) del autor. Mientras que las consideraciones acerca de la objetividad epistémica no se reconocen explícitamente, escribir un artículo presupone un tópico acerca de cual se va a escribir y estimula su comunicación explícita, y los nombres de los autores a menudo son un indicador confiable de su género.⁸ Sin embargo, como una postura consciente o inconsciente con respecto a la objetividad epistémica ineludiblemente está informando las elecciones de la investigación y de escritura del autor o autora, necesariamente ha de arrojar marcas observables, si bien a veces sutiles, las cuales son susceptibles de ser objeto de una medición intersubjetivamente válida. Al menos, tal es uno de los supuestos del presente texto.

Teoría y evidencia

¿Qué es una teoría?

Las teorías de gran escala, la formulación de una regularidad social más o menos general, la identificación del mecanismo causal que provocó el resultado de una circunstancia particular, un análisis “abstractamente empírista” (Mills, 1967 [1959]) de la relación entre dos variables y la descripción

⁷ Aquí recojo la idea de Fleck según la cual las comunidades de pensamiento tienen una existencia más o menos autónoma, más allá de la suma aglomerada de sus componentes individuales. Fleck sugiere las analogías con un partido de fútbol, una conversación y la ejecución de una orquesta, las cuales perderían su significado si se les considerara como “disparos a puerta uno por uno” o como “la mera suma del trabajo de los instrumentos individuales” (Fleck, 1979 [1935]:46, 99).

⁸ Nombres que se aplican a ambos sexos o los que provienen, por así decirlo, de idiomas menos conocidos podrían considerarse excepciones. Pero incluso en estos casos, el sexo de los autores es un asunto relativamente no problemático, y la dificultad radica simplemente en su medición.

detallada por parte de un historiador de un suceso específico “*wie es eigentlich gewesen*”, son todas, de alguna manera, empresas teóricas. En los dos últimos casos, a menudo tildados de “a-teóricos”, se puede decir que son este tipo de empresas no sólo porque observaciones y métodos están cargados de teoría (*theory-laden*) y las descripciones del mundo empírico están mediadas por el lenguaje (Duhem, 1991 [1906]; Hanson, 1958; Popper, 1992 [1934]; Winch, 1958). Uno puede encontrar teorías no sólo en sistemas de proposiciones explicativos explícitos, sino también en las elecciones analíticas, interpretativas, metodológicas y argumentativas. Así, más que imponer una definición en particular, aquí “teoría” se vuelve una variable en sí misma. Lo que pregunto es si las teorías de las sociologías estadounidense y mexicana realmente son diferentes, si hay discrepancias en el significado del término, y si las teorías se relacionan de maneras diferentes con la evidencia y con otras teorías.

En la mayor parte de mis artículos estadounidenses (ART-E⁹) el concepto de “teoría” es bastante fiel a la famosa definición de Merton (1968 [1949]:39) de las “teorías de alcance intermedio”: “grupos de proposiciones lógicamente interconectados, de los que pueden derivarse uniformidades empíricas”. Merton (1968 [1949]:39, 68) subraya que “la teoría intermedia se utiliza principalmente en sociología para guiar la investigación empírica”; de las teorías “se derivan lógicamente hipótesis específicas y son confirmadas por la investigación empírica”. 77% de las teorías encontradas en los ART-E son teorías de alcance intermedio —las cuales se apegan a los datos, se relacionan sin ambigüedades con ellos y son puestas a prueba también por ellos. Cuando se echa mano de teorías de mayor escala, éstas se reformulan o se ajustan de manera que puedan funcionar como teorías de alcance intermedio. Además de realmente poner a prueba las teorías con los datos, 87% de los ART-E sugieren explícitamente que uno debe “poner a prueba”, “confirmar”, “corroborar” o “probar” las teorías con los datos (véase el Cuadro 2). Curiosamente, los ART-E tienden a hablar en términos de confirmación más que de falsificación (término que no se encuentra siquiera una vez). Las hipótesis se confirman más que demostrar su no falsedad, y la literatura ha “probado” o “demostrado”, con lo que tácitamente se da una adhesión a una epistemología verificacionista.

Los sociólogos mexicanos¹⁰ tienen una forma muy diferente de entender el concepto de teoría. Ninguna de sus teorías es “puesta a prueba” por los

⁹ En adelante, me referiré a mi muestra de artículos estadounidenses y mexicanos como “ART-E” y “ART-M”, respectivamente.

¹⁰ Para los propósitos del presente texto en este punto, no tiene importancia el lugar

datos y relacionadas con ellos en el sentido estadounidense, y ninguno de los artículos declara explícitamente que las teorías han de ser puestas a prueba por los datos. 47% de los ART-M son teóricos en el sentido de que proporcionan una lectura no evidente del mundo empírico. La distinción misma entre teoría y evidencia que los estándares estadounidenses dan por sentado (*take for granted*) se pone en duda aquí —lo que los sociólogos de Estados Unidos pueden entender como datos, los mexicanos pueden verlos como la teoría, como *simultáneamente* siendo datos y teoría. 50% de los ART-M recurren “libremente” a las teorías —teorías que tienden a ser “sistemas totales de teoría sociológica”, como las de Habermas, Luhmann, Giddens, Bourdieu, Touraine y Marx (véase el Cuadro 2). Los autores toman en préstamo conceptos y definiciones de estas teorías, o los usan para interpretar o aclarar aspectos particulares de sus argumentos. En ocasiones, las teorías también se presentan como *Weltanschauungen* o como fuente de inspiración de puntos de vista *meta*, marcos generales que sugieren cómo han de formularse las preguntas y cómo ha de observarse el mundo, y lo que es y no es de interés.

Por ejemplo, en su estudio del movimiento social urbano en México, Tamayo (1999:501) dice:¹¹ “Para introducir este tema y contextualizarlo de alguna manera, rescato la idea de Alain Touraine cuando afirma que el tránsito hacia la globalización ha terminado”. Considerese ahora el texto de Zermeño (1999) acerca de la crisis social mexicana; el de Urteaga Castro-Pozo (1996) sobre las mujeres punks en México; el de González (1999) sobre el catolicismo mexicano y la Iglesia Católica; y el de Astorga (1997) acerca de los corridos sobre narcotraficantes. Como lo ilustran estos artículos, los sociólogos mexicanos suelen tomar prestada terminología de Habermas (Zermeño, 1999:191), Bourdieu y Marx (González, 1999:68-69, 91), recordar una observación hecha por Hans Magnus Enzensberger (Zermeño, 1999:186), recurrir a Lévi-Strauss para analizar un cierto aspecto de la subcultura de las punks mexicanas (Urteaga Castro-Pozo, 1996:114), o hacer una breve refe-

donde se hayan formado los autores, su lugar de trabajo o de nacimiento; el asunto aquí es la comunidad que acepta su texto para publicarse. Así, los términos “sociólogos mexicanos” y “sociólogos estadounidenses” no designan a sociólogos que hayan nacido en estos países. Más bien, significan que los sociólogos de que se habla publicaron en las revistas de esos países.

¹¹ Siguiendo a Abbott (1992:54), “hago uso abundante de citas, ya que las locuciones exactas empleadas tienen una importancia central”. En el original en inglés traduje yo mismo todas las citas del español, a excepción de los títulos y resúmenes, los cuales son traducidos al inglés por las revistas mexicanas. Como las locuciones *exactas* —con todos sus matices semánticos y sintácticos— tenían una importancia central, mis traducciones al inglés trataron de conservar tanto como fuera posible el estilo original, incluso cuando se podía usar construcciones menos torpes. Para esta versión, se restituyeron los textos originales.

rencia a los conceptos de campo, posiciones objetivas y disposiciones de Bourdieu (Astorga, 1997:247). De manera similar, Héau y Giménez (1997: 223) analizan la “poética insurgente” del levantamiento zapatista en Chiapas, “desde la perspectiva de la sociocrítica literaria de Claude Duchet”. Esta “perspectiva” proporciona focos de interés y jerga; no proporciona proposición alguna que tenga contenido empírico.

Es posible que aparezca la palabra “hipótesis”. Pero las hipótesis de los mexicanos definitivamente no son las “hipótesis específicas” de Merton, que “se derivan lógicamente (...) y son confirmadas por la investigación empírica”. Por ejemplo, Arciniega (1996:331-332) dice: “Nuestra hipótesis es que desde 1975 (...), se inicia en Perú un proceso de restructuración de las relaciones industriales que va a implementar el Estado por medio de sus políticas laborales con la intención de marginar y desmovilizar el sindicalismo”. Quizás aquí la traducción al inglés de “hipótesis” más exacta desde el punto de vista semántico sería “theory”. El enunciado llega a tales niveles de abstracción que los sociólogos estadounidenses podrían argumentar que se necesita operacionalizar (*operationalize*) los conceptos contenidos en la teoría y una vez hecho esto proponer la hipótesis. Lo mismo se puede decir de Tamayo (1999:499; cursivas del original), quien escribe: “La argumentación de este artículo es doble: la primera es la hipótesis de que un nuevo sujeto social, el *ciudadano*, está constituyéndose en México, el cual se sustenta en consideraciones tanto de tipo estructural como de condiciones históricas precisas”.

El lugar preciso de las teorías en el argumento también es significativo. Como se puede ejemplificar con Héau y Giménez (1997), los ART-M recurren a sistemas teóricos cuando resulta útil, en cualquier lugar del argumento que haya necesidad de la teoría. Una alternativa es cuando las teorías se incorporan sin más al argumento o se desarrollan con él. En contraste, 93% de los ART-E siguen un formato estándar de organización del argumento; véase más adelante un examen más extenso de este aspecto. Las teorías se emplean en cierto punto del texto, lo cual da a entender y constriñe su función en el argumento. Quedan separadas de los datos y vienen antes de éstos. Lo que se asume de esta manera es, primero, que hay una independencia epistemológica de la evidencia respecto de la teoría: cualquiera que sea el estatus ontológico que se le otorgue a la “realidad”, el proceso de cognición no afecta sus manifestaciones observables. Segundo, las más de las veces las teorías no son una consecuencia de la investigación empírica, sino del anticientífico, oculto e irrelevante contexto del descubrimiento. O bien son teorías “relevantes” obra de reconocidos académicos y sacadas de “la literatura”, o bien construcciones *ex nihilo*.

Realidad regular general

Quizás el principal supuesto ontológico que informa al diálogo entre teoría y evidencia en la sociología en Estados Unidos sea la gran regularidad del mundo social, que es una versión del principio de uniformidad en la naturaleza. Epistemológicamente, se supone además que el sociólogo tiene la capacidad de captar la regularidad en la forma de proposiciones similares a leyes (*lawlike*). Llamaré a estos dos principios el supuesto de la “realidad regular general” (RRG).¹² Sólo 7% de las afirmaciones centrales de los ART-M son proposiciones generales; tal es el caso en 87% de los ART-E (véase Cuadro 2).

El supuesto RRG queda bien ilustrado por Samuel Clark (1998) y Nancy Whittier (1997). Habiendo tomado su información de la historia de cuatro comunidades minoritarias del siglo XVII, Clark formula 14 “proposiciones nomotéticas” (1998:1268) acerca de la relación entre la forma de tratar a las comunidades minoritarias y la competencia internacional. Whittier (1997) ofrece tres proposiciones acerca de procesos generacionales en los movimientos sociales.

PROPOSICIÓN 4. *A mayor fusión entre luchas locales y rivalidades de las grandes potencias, menor será la probabilidad de conciliación.* (Clark, 1998: 1293; cursivas del original)

Proposición 1: La identidad colectiva de una cohorte dada de los participantes de un movimiento social permanece consistente al paso del tiempo. (Whittier, 1997:763; cursivas del original)

Estas proposiciones se presentan en términos generales. Al carecer de condiciones que limiten su alcance, se sostienen independientemente del tiempo y del lugar (a condición de que, hago notar, los objetos puedan ser definidos de forma significativa). En términos de la lógica, las proposiciones se abren con cuantificadores universales. Pese al hecho de que los ART-E nunca examinan si tales generalizaciones son “nómicas” o “accidentales”, aun así pueden recibir la etiqueta de “leyes sociales” o “generalizaciones similares a leyes”.

Incluso cuando no proponen explícitamente “proposiciones nomotéticas”, la mayor parte de los argumentos de los ART-E se predicen de la RRG. Cooney (1997:316) es un ejemplo de esto con la pregunta principal de su artículo: “¿Acaso el Estado disminuye la violencia en los asuntos de las personas?” El

¹² Esta expresión se inspira en otra de Abbott (2001): “general linear reality”, realidad lineal general.

Cuadro 2**Teoría y evidencia en Estados Unidos y México**

	<i>Estados Unidos</i> (%)	<i>México</i> (%)
Uso de teoría		
Lógica mertoniana de “alcance intermedio”	77	0
Recurren “libremente” a teorías amplias	10	50
No emplean teorías de manera explícita	0	47
Otro	13	3
Se declara que las teorías han de ser puestas a prueba por los datos		
Sí	87	0
No	13	100
En las afirmaciones centrales hay proposiciones generales		
Sí	87	7
No	13	93
Papel del problema empírico		
El problema empírico en sí mismo es el interés principal	7	93
El problema empírico se refiere a una cuestión teórica más amplia	93	7
Se justifica el problema en términos de una cuestión teórica más amplia		
Sí	90	0
No	10	100
Deductivismo		
Sí	60	0
No	40	100
Número de casos	30	30

propósito del texto es arrojar luz sobre esa relación en términos generales, independientemente de cualquier otro factor co-fundante, independientemente del tiempo y del lugar. Diani (1996:1054) afirma que “[e]l éxito de las ligas [italianas] pone en cuestión los abordajes teóricos actuales de la acción colectiva”. Dicho de otro modo, las teorías deberían de explicar todos los casos de acción colectiva, y por ello quedan puestas “en cuestión” por el hecho de parecer que no funcionan en un caso. En otro ejemplo, Collins (1997:844) trata de explicar el crecimiento capitalista de Japón mediante la aplicación de su “modelo institucional general del desarrollo capitalista”. El modelo identifica en términos generales una “cadena de condiciones causales para que el crecimiento capitalista se transforme por sí mismo” (1997:845). Y la

explicación consiste en sustituir dichos términos generales por los nombres particulares de sus versiones japonesas (1997:852). Collins (1997:844; cursivas mías) arma un argumento epistemológico para defender su método:

Sólo un modelo general de los componentes institucionales del crecimiento capitalista y de los obstáculos a estas instituciones en las sociedades agrario-coercitivas suministra el contexto en el cual podemos evaluar si las condiciones para el desarrollo independiente del capitalismo estaban presentes en Japón y *cualquier otro lugar [and elsewhere]*.

De manera comparable, Bernstein (1997:536, 539-41, 558) presenta de manera verbal y representa de manera gráfica “un modelo general para explicar las estrategias de identidad”. Según el modelo de esta autora (1997:539), “las estrategias de identidad se determinarán por medio de la configuración del acceso político, la estructura de las organizaciones de movimientos sociales y el tipo y extensión de las oposiciones”. Bernstein afirma que su modelo puede ser “aplicado” (1997:531, 557) no sólo al caso en que se enfoca (los movimientos de homosexuales mujeres y varones), sino también al movimiento por los derechos civiles del sur de Estados Unidos, el nacionalismo negro y a las facciones antiguas y recientes del movimiento feminista. Para que sea verdaderamente un “modelo general”, empero, debe ser aplicable a *cualquier* caso. Un último ejemplo interesante es el de Biggart y Guillén (1999). Los autores (1999:725; cursivas del original) destacan una “limitante de gran parte de los estudios académicos del desarrollo en décadas recientes: *la búsqueda de una teoría unificada del desarrollo aplicable a todos los países*”. Critican el abordaje según el cual se “aplica la teoría general para explicar casos históricos” (1999:730), e intentan “evitar caer en la trampa de las explicaciones universales” (1999:729). Incluso apartándose del típico supuesto de la RRG, la manera en que arman su argumento en contra de una explicación general basada en un “factor crítico” del desarrollo sigue dejando ver la influencia de la cosmovisión epistemológica dominante. Biggart y Guillén (1999:723; cursivas del original) arguyen que “*el desarrollo depende de vincular de manera exitosa las pautas históricas de organización social de un país a las oportunidades que los mercados globales ofrecen*”. En lugar de argumentar que no hay un sistema de proposiciones general que pueda explicar el desarrollo económico, los autores formulan su propia generalización, pero subiendo un peldaño más en la escala de la abstracción. Por supuesto, la naturaleza empírica de tales vínculos entre las características del país y los mercados globales variarán significativamente, pero la existencia de una cierta variable causal permanece constante en el tiempo y el espacio. Esta afirma-

ción les permite “formular una teoría sociológica de la ventaja comparativa entre países” (1999:722) o “perspectiva institucional acerca del desarrollo” (1999:728, 742).

La lógica de la RRG es claramente visible en la generalizada búsqueda de “las condiciones en que” (*conditions under which*) suceden las cosas. Por ejemplo, Loveman (1998:477, 479) pregunta “¿en qué condiciones (*under what conditions*) las personas arriesgan sus vidas para hacer resistencia a los Estados represivos?” y “¿cuándo (en qué condiciones [*under what conditions*]) surgen los movimientos y organizaciones sociales de alto riesgo?” A Bernstein le interesa saber “en qué condiciones políticas (*under what political conditions*) (...) celebran o suprimen los activistas sus diferencias con respecto a la mayoría” (1997:532, 539, 561). Hagan (1998:56) identifica “condiciones particulares en las que (*under which*) las redes sociales se pueden desarrollar o debilitar”. Como veremos, estas formulaciones incitan al deductivismo y, en particular, suscitan explicaciones deductivo-nomológicas. Este tipo de razonamiento no existe en los sociólogos mexicanos.

Otro indicador refleja que la sociología mexicana está cerca del polo idiográfico (*idiographic*) de la dicotomía de Windelband (1980 [1894]): en 93% de los ART-M la motivación principal es la comprensión de un problema empírico —ésa es la finalidad principal del trabajo. Mientras algunos autores argumentan sobre la importancia del caso o de los casos en sí mismos, ninguno justifica su selección en términos teóricos. Así, el propósito de la mayor parte de los artículos es, con respecto a un problema empírico, darle sentido o interpretar (*make sense of*), hacer un relato persuasivo o una buena descripción de él, o aclararlo de alguna manera. Incluso aunque este problema pueda involucrar uno, algunos o varios “casos”, no es mediante modelos generales que se trata estos casos, ni es con el antecedente de una realidad regular general que se elaboran relatos acerca de los mismos. Según los supuestos que se adoptan en México, abstraer principios generales de ocurrencias empíricas concretas puede ser una estrategia equívoca, porque sólo en esos contextos particulares son válidas las relaciones observadas.

Por el contrario, en 93% de los ART-E la principal función del problema empírico es probar, ilustrar, o abordar un problema teórico “más amplio” —los artículos no son “meros” exámenes de problemas empíricos. En consecuencia, 90% proporciona una justificación explícita de por qué se seleccionó el caso (o casos) estudiado, justificación que concierne su relevancia teórica (véase el Cuadro 2). Con todo, dada la extendida creencia en las proposiciones similares a leyes y el prestigio que se les otorga, la mayor parte de la investigación social no cuantitativa se enfrenta al problema de especificar el papel epistémico de los casos empíricos a partir de los cuales las inferencias

a poblaciones más amplias dejan de ser estadísticamente confiables. El momento argumentativo crucial es, entonces, el de la transición en que los autores tienen que pasar de enunciados particulares a enunciados generales, de ordinario en la sección del texto dedicada a las conclusiones.

Por ejemplo, ¿cómo pasa la autora, precisamente, de cuatro campañas de derechos de los homosexuales en Vermont, Oregon y la ciudad de Nueva York, a un “modelo general de despliegue de la identidad” (Bernstein, 1997: 558)? Exactamente, ¿cómo se hace la conexión entre los debates y disturbios por el abolicionismo en Cincinnati antes de la Guerra de Secesión en el siglo XIX y el problema general de “cómo episodios de acción colectiva afectan el éxito o fracaso de distintos marcos” (Ellingson, 1995:135)? Al entablar un debate con Snow y sus colaboradores, Ellingson (1995:136-137) arguye que:

estos procesos de alineación a un marco se ven influidos también por el curso e interpretación de los sucesos de acción colectiva. Tales sucesos intervienen en el proceso de crear marcos o discursos, cambiar el valor que los actores asignan a las creencias colectivas, y motivan a algunos grupos a abandonar un conjunto de argumentos y adoptar los de un rival o crear unos nuevos. También proporcionan a algunos oradores nueva información que pueden usar para fundamentar sus afirmaciones y descalificar las de los otros.

Pero Ellingson también afirma que “[e]pisodios de acción colectiva pueden llevar a los oradores a volver a abrir la lucha discursiva al suministrar evidencia para oradores y públicos” (1995:135), y los “[e]ventos, así pues, podrían cambiar las ideas o creencias subyacentes que forman los discursos y marcos usados por los actores del movimiento” (1995:136). La tercera conclusión de su estudio es que “los oradores que ocupan posiciones diferentes dentro de un campo de debate podrían reaccionar ante episodios de acción colectiva y construir sus argumentos de maneras muy distintas” (1995: 137). El contraste que importa aquí es el que se da entre enunciados universales y aquellos enunciados cuya generalidad se ve afectada por el verbo auxiliar “poder” (*may*). Mientras se podría discutir cómo el análisis del Cincinnati de antes de la Guerra de Secesión conduce a afirmaciones acerca de lo que generalmente —por no decir siempre— influye los procesos de alineación de marcos (*frame alignment*) está claro que un ejemplo basta para *probar* que algo *podría* o *puede* ser el caso o suceder (o para *ilustrar* *cómo* algo es el caso o sucede, o por lo menos *cómo* algo *fue* el caso o *sucedió*). La misma tensión es aparente en dos enunciaciones del argumento de Zhao (1998:1498, 1523; cursivas mías), una en su introducción y la otra en su conclusión: “Este artículo arguye que la ecología *es* relevante para la movilización del movimiento porque *determina* la estructura y fuerza de las redes sociales (...)

versus “Este artículo *demuestra* que las condiciones ecológicas *pueden* ser importantes para un proceso político tan complejo como lo es un movimiento social de gran escala (...”).

El uso de “poder” (*may* o *can*) en contextos como éstos es una concepción desde el punto de vista de la RRG, en especial cuando lo que se quiere hacer es indicar un alejamiento del determinismo para acercarse al probabilismo (más que ser conservador acerca del grado de confirmación de una ley social determinista). Pero, en cualquier caso, es probable que ésta sea la única elección retórica razonable para los estudios con un número pequeño de casos (*small-N studies*) que tienen la intención de hacer una aportación a la “teoría” (en el sentido de los estadounidenses). Por otra parte, estos problemas no surgen para los pocos argumentos cuya estructura inferencial es la del *modus tollens* y no la del *modus ponens*, como ya lo había dicho Popper (1992 [1934]). Por ejemplo, a Biggart y Guillén (1999) les basta únicamente con mostrar que las trayectorias de desarrollo de la industria automotriz en Corea del Sur, Taiwán, España y Argentina han sido diferentes para refutar cualquier teoría del “factor crítico” del desarrollo. De hecho, con dos casos hubiera bastado. Como el número de casos potenciales tiende al infinito, el grado de confirmación aportado por dos casos más es casi cero. De la misma manera, Centeno (1997) puede poner en duda la universalidad de la relación positiva entre la guerra y la formación del Estado mostrando que no es válida en el caso de 11 nuevos Estados latinoamericanos entre 1810 y 1830.

En su análisis de los resultados logrados por 15 organizaciones del movimiento social de los sin casa (*homeless*) activas en ocho ciudades de Estados Unidos, Cress y Snow (2000:1101) dicen:

Si bien saber si esta conjunción de condiciones es válida para otros movimientos es una cuestión empírica, los resultados y el análisis sugieren que los intentos por entender los desenlaces de los movimientos que se enfocan en las maneras en que distintas condiciones interactúan y se combinan, posiblemente son más atractivos y robustos, tanto teórica como empíricamente, que los trabajos que se enfocan en las condiciones especificadas por una única perspectiva o que confrontan una perspectiva a otra.

Este párrafo ilustra dos de mis argumentos. Tras estudiar 15 organizaciones, Cress y Snow toman la precaución de no afirmar que su conjunción de condiciones sustantivas es válida para otros casos. Sin embargo, siguen sosteniendo que sus “resultados y análisis” “sugieren” (*suggest*) algo que concierne al estudio de los “desenlaces de los movimientos” en general. Pero Cress y Snow también son cautelosos de otra manera. Lo que los resultados y aná-

lisis de los autores sugieren es que ciertos abordajes para el estudio de los movimientos sociales “*posiblemente son más atractivos y robustos*” que otros. El que se diga que esto es así sólo “*posiblemente*” es otro reflejo de la tensión entre las exigencias de la RRG y el llamado “problema de la N pequeña [estudios basados en un número (N) reducido de casos]”.

Deductivismo

Una variable relacionada estrechamente con la RRG es la que llamo “deductivismo”. Defino deductivismo como el uso de la lógica deductiva ya sea para explicar los eventos, ya sea para confirmar las teorías. Aunque persiguen distintos fines y el estatus de verdad de sus componentes es diferente en cada caso, quiero destacar aquí la similitud estructural entre el modelo deductivo-nomológico de explicación y el método hipotético-deductivo de confirmación (Salmon, 1989). Stinchcombe (1968:16; cursivas del original) expresa el segundo de esta manera: “A partir de [un] enunciado teórico derivamos, mediante deducción lógica y mediante definiciones operacionales de los conceptos, un *enunciado empírico*. El enunciado teórico entonces *implica* lógicamente el enunciado empírico”. Por su parte, el modelo deductivo-nomológico o de *covering-law* de Hempel y Oppenheim afirma que “en la ciencia empírica, la explicación de un fenómeno consiste en subsumirlo en leyes empíricas generales” (Hempel, 1965 [1942]:240; Hempel, 1965; Hempel y Oppenheim, 1965 [1948]; véanse también Cartwright, 1983; Gorski, 2004; Ruben, 1990; Salmon, 1989, 1998; Wright, 1971). Las *explanantia* son las premisas del silogismo: la mayor es una ley universal y la menor un enunciado de condiciones iniciales. El *explanandum* es la conclusión, que, por supuesto, se sigue lógicamente.

Mientras ninguno de los ART-M procede de una manera deductiva, 60% de los ART-E deduce enunciados empíricos de teorías de alcance intermedio, ya sea para explicar aquéllos, ya sea para confirmar éstas (véase el Cuadro 2). En un artículo que ilustra esto, Goldstone y Useem “aplican” (1999:988, 1025) una reformulación de la “fórmula para revolución” de Skocpol (1999:992) a los motines en las cárceles. La pregunta empírica central es saber si las mismas “condiciones para una situación revolucionaria” (1999:1002) pueden dar cuenta de los motines en las cárceles también (y quizás, según especulan los autores, también de la inestabilidad en organizaciones militares, escuelas o empresas; de hecho, en “cualquier organización jerárquica de tipo absolutista, ya sea que opere a escala de millones de individuos, ya sea a escala de sólo cientos” (Goldstone y Useem, 1999:1024)). En realidad, el ideal deduc-

tivo se expresa de manera explícita: “el sello de la buena teoría es que pueda hacerse extensiva útilmente a fenómenos que no se habían anticipado en el desarrollo original de las teorías” (1999:1025).

Uno de los supuestos principales de Goldstone y Useem aquí es que su traducción de la teoría tiene sentido. La aplicación de una teoría a un caso particular requiere que las entidades examinadas pertenezcan a la clase de entidades a que se refiere la teoría. Esta correspondencia no se da en los hechos, sino que necesita ser establecida teóricamente. No obstante, antes de esto, Goldstone y Useem tuvieron que “traducir” o “expresar con otras palabras” la teoría de Skocpol “para crear versiones análogas para los motines en las cárceles” (1999:1002). Afirman que esta tarea es “directa (*straightforward*)” (1999:1002), pero puede serlo sólo a la luz de ciertas decisiones acerca de qué debería ser tomado en cuenta para decir que dos entidades dadas son similares o diferentes. Y estas decisiones no están dadas ni en el mundo empírico ni en la teoría que se extiende.

El texto de Koopmans y Statham es un ejemplo de cómo, al usar el método hipotético-deductivo, teorías en competencia pueden ser confrontadas. Los autores presentan tres perspectivas teóricas acerca de la ciudadanía: “post-nacional”, “multicultural” y “nacional”. A partir de estas teorías “derivan” ellos (1999:652, 655) un conjunto de hipótesis acerca de cómo las comunidades minoritarias étnicas y de migrantes elaboran sus reclamos colectivos. Los autores expresan (1999:670-675) que las tres teorías “implican”, “predicen”, “nos llevan a esperar”, “nos permiten derivar una clara expectativa”, “implican claras expectativas” o se “asocian con” ciertos valores de la variable dependiente —patrones de cómo las comunidades minoritarias elaboran sus reclamos. Al ser implicaciones *lógicas*, se da por hecho que son *las* predicciones de las teorías para los casos que se han tomado. Por último, Koopmans y Statham (1999:655) “confrontan estas hipótesis con [sus] datos para evaluar los méritos relativos de estos tres modelos”.

El abordaje deductivo que se encuentra en los ART-E se puede comparar fructíferamente con Nava Navarro (1997:301), quien estudia, “a partir de la perspectiva de la acción colectiva y los movimientos sociales”, el caso de la Refresquera Pascual. La autora afirma (Nava Navarro, 1997:302) que “nuestro planteamiento se desprenderá fundamentalmente de la perspectiva europea, representada por Alain Touraine y de los planteamientos de Anthony Obers[c]hall, debido a la manera en que destacan el concepto de conflicto social y la trascendencia que éste tiene para nuestro objeto de estudio”. Pero, ¿qué quiere decir precisamente la autora con “se desprenderá (...) de”? Más que sacar predicciones de la teoría de Touraine, o explicar el caso subsumiéndolo en la teoría de este último, Nava Navarro (1997:302) dice que “entende-

remos” los movimientos sociales “en términos tourenianos”: “en términos tourenianos, entenderemos al movimiento social como la forma más compleja de acción colectiva, que se define como el conjunto de interacciones orientadas normativamente entre adversarios que poseen interpretaciones opuestas y conflictivas sobre las reorientaciones de un modelo de sociedad”. Nava Navarro (1997:303) toma prestada de Touraine y Oberschall la idea de que “para comprender el alcance de la acción colectiva es necesario analizar la dinámica del conflicto”; enseguida, “partiendo de las anteriores consideraciones, reconstruiremos la experiencia del caso de los trabajadores de la refresquera Pascual”. Su indagación empírica está informada por esas consideraciones, pero no vuelve a tratarlas de manera explícita.

Las teorías de los sociólogos mexicanos se construyen “de manera más apegada a los hechos” (Stinchcombe, 1978:117). De hecho, se construyen de manera tan cercana a los hechos que a veces son inseparables de ellos —las teorías *son* los hechos; las teorías *son los hechos tal y como se cuentan*—. Ahora bien, pese a la impresión que los ART-E a menudo tratan de dar, me parece que las teorías no se construyen mediante intuiciones, introspecciones o especulaciones perspicaces que nacen en un estado de distanciamiento y desapego de la experiencia sensorial.¹³ En lugar de ello, los teóricos sacan cosas del mundo empírico —los principios de una teoría se basan en la observación más o menos sistemática de un número limitado de casos. Como en Estados Unidos las teorías se entienden como sistemas de proposiciones explicativas (al menos en un grado moderado) generales, se espera de ellas que sean relevantes para otros casos aparte de aquellos de los que en un principio se sacaron dichas teorías. Así, la construcción de teorías implica razonamientos amplificativos o no demostrativos. Como las de los físicos, las teorías de los sociólogos están asediadas por el fantasma del problema de Hume de la inducción. Por lo tanto, como las teorías de los físicos, el principio de la uniformidad de la naturaleza o RRG tiene que ser asumido.

Así pues, tanto físicos como sociólogos pueden proceder como si sus teorías fueran, más que generalizaciones inductivas, leyes de la naturaleza. De estas leyes de la naturaleza, uno puede deducir otras leyes, explicar mediante subsunción y sacar predicciones. En este sentido, el estado de estas cuestiones en Estados Unidos se aproxima al de los “ideales” “realistas” de Homans (1964; 1967; 1974 [1961]) o de Blalock (1984; 1969:2):

¹³ Ni siquiera parece ser que esto sea posible. Incluso si lo fuera, habría que pagar un precio muy alto, porque entonces cualquier teoría que fuera lógicamente consistente, por más que no fuera empíricamente plausible, tendría la misma probabilidad de ser formulada que cualquier otra.

Se ha señalado que las teorías no consisten en su totalidad en esquemas conceptuales o tipologías, sino que deben contener proposiciones similares a leyes que interrelacionan los conceptos o variables en grupos de dos o más en cada caso. (...) De manera ideal, uno puede tener la esperanza de alcanzar un sistema teórico deductivo completamente cerrado en el que habría un conjunto mínimo de proposiciones tomadas como axiomas, de los que todas las demás proposiciones podrían deducirse mediante razonamientos puramente matemáticos o lógicos. Sería más realista decir que podemos tomar el modelo del sistema deductivo completamente cerrado como un ideal al que en la práctica sólo nos podemos aproximar.

A fin de cuentas, quizá el mayor contraste esté en que mientras en Estados Unidos la mayor parte de las teorías tienen un contenido empírico, los sociólogos mexicanos tienden a pensar las teorías y usarlas como gramáticas. La guía que estas teorías suministran es completamente diferente de la que suministran las teorías de alcance intermedio de Merton. Las gramáticas son herramientas convencionales, y por lo tanto carecen de valor de verdad. Las gramáticas son “maneras de decir mundos”.¹⁴ Hay muchas gramáticas, y puede considerárseles simplemente como diferentes instrumentos igualmente aceptables con los cuales se habla del mundo. Los sociólogos mexicanos “cuentan” o “narran”; los estadounidenses “muestran” o “exponen” (Booth, 1961). Este argumento nos conduce a la siguiente sección.

Objetividad epistémica

En el ámbito de la ciencia, el término “objetividad” ha tenido por lo menos dos significados distintos: uno ontológico y otro epistemológico (véase Daston, 1992; Daston y Galison, 1992; Lloyd, 1995; Megill, 1994). Para que la empresa científica tenga sentido, hay que asumir tanto la existencia de alguna clase de realidad objetiva como la ecuación de esta objetividad ontológica con la verdad, y entonces las discusiones acerca del realismo pueden ser dejadas con confianza en manos de la especulación filosófica. Pero una vez que se concede esto, la ciencia se enfrenta al problema epistemológico de la cognición y representación de la realidad. Consideremos la analogía de los pintores realistas, quienes tratan de representar las cosas tal como son. Naturalmente, tienen que usar ciertas pinturas, pinceles y lienzos. Deben mirar su objeto desde algún punto de vista. Si también asumimos, en aras del argumento, que su

¹⁴ Es irrelevante aquí si también son “maneras de hacer mundos” (Goodman, 1978), como lo sugiere la hipótesis de Sapir-Whorf (Lucy, 1997).

objeto es “el mundo”, entonces también deben pintarse a sí mismos. De hecho, tienen que pintarse mirando el mundo y representándolo desde su lugar específico. Por lo tanto, sus pinturas del mundo inevitablemente reconocen algunos elementos subjetivos. De manera similar, con la excepción del mundo de los inteligibles de Popper (1979 [1972]:106-152), el conocimiento y conocer necesitan un sujeto, el cognoscente. Mientras este sujeto no sea la Razón Universal ni el Espíritu Objetivo, sino un individuo lingüística e históricamente situado, en alguna medida la subjetividad estará involucrada necesariamente. Entonces, ¿cómo manejan los científicos el conflicto entre su finalidad hacia el mundo objetivo y una subjetividad ineludiblemente presente?

Una estrategia posible es definir la objetividad ontológica como la neutralización de la subjetividad epistemológica. En palabras de Thomas Nagel (1986:5):

[una] concepción o forma de pensar es más objetiva que otra si depende menos de las especificidades de la estructura y la posición del individuo en el mundo, o del carácter del tipo particular de criatura que es. (...) Podemos pensar en la realidad como un conjunto de esferas concéntricas que se van revelando de manera progresiva a medida que nos alejamos gradualmente de las contingencias del yo.

Así, el conocimiento objetivo queda relacionado con la impersonalidad y la imparcialidad; el desinterés, la neutralidad, el desapego y la *impassibilité*; es antitético a la individualidad, idiosincrasias, contingencias, sesgos, prejuicios y caprichos del cognoscente. El resultado es que los científicos tratan de alcanzar la “concepción absoluta del mundo” (Williams, 1978, 1985); conocen “*sub specie aeternitatis*”. Sus visiones son “visiones de ningún lugar” (Nagel, 1986), “puntos de vista de nadie [*no-one*] en particular” (Fine, 1998), “el punto de vista del ojo de Dios” (Putnam, 1981:49-50), o “escapes de la perspectiva” (Daston, 1992). En la práctica, esta postura ha cristalizado en una concepción de la objetividad que la considera dependiente del procedimiento, o procedimental. Un procedimiento estandarizado, rígido y formulista, el mítico método científico, limita seriamente el ejercicio de la discreción y repudia cualquier forma de “conocimiento tácito” que no se articule (Polanyi, 1958).

Una estrategia alternativa niega la ecuación de la realidad con el desapego de las contingencias del yo. Niega que el conocimiento del mundo objetivo que sea verdadero es ese conocimiento que cualquiera puede alcanzar —sólo “ciertas posiciones tienen la ventaja de revelar determinados rasgos característicos del objeto” (Mannheim, 1966 [1929]:301; véase también Harding, 1986,

1991, 1998). De ahí que las idiosincrasias, individualidades y contingencias no son obstáculos que hay que superar, sino puntos de vista privilegiados. Así, esta segunda estrategia —que era la práctica acostumbrada de los filósofos que se dedicaban a las ciencias naturales en los siglos XVII y XVIII, de los cartógrafos del mundo del siglo XVIII y los actuarios británicos e ingenieros franceses del siglo XIX— deja lugar a dos atributos aristocráticos, anti-democráticos e inefables: el genio y la habilidad (Daston, 1992:609-612; Daston y Gallison, 1992:118; Porter, 1995; Scott, 1998:309-341; Shapin, 1994). La objetividad ontológica se asocia a la maximización de la subjetividad epistemológica. Más que un método estandarizado que cualquiera puede seguir, el abordaje del cognoscente a lo que está conociendo debería ser una función de sus naturalezas y de la naturaleza de su relación. Si bien esta postura no implica el relativismo ontológico, sí plantea desafíos críticos a la validez intersubjetiva.

En las siguientes páginas argumento que la sociología en México presupone este segundo modelo de objetividad. Como veremos, no se hace un intento por alcanzar “visiones desde ninguna parte”, y rara vez se siguen procedimientos estandarizados. Además, su discurso admite, y tal vez estimula, el ejemplo paradigmático de la perspectiva: juicios de valor. En contraste, la sociología en Estados Unidos presupone el primer modelo de objetividad. Según este modelo, como escribe Pearson (1937 [1892]:6) en su *Grammar of Science*, una de las características principales de la “actitud mental científica” (*scientific frame of mind*) es apoyarse en “juicios que sean independientes de las idiosincrasias de la mente individual”. Pasemos ahora a los datos.

Reconstrucción del proceso de investigación

La mayor parte de las ocasiones, los procesos de investigación no siguen los ordenados pasos que se describen en los libros de texto que introducen al método científico. No obstante, los científicos, en sus informes de investigación o artículos de revista, hacen como si hubieran respetado religiosamente esos pasos. Esta “racionalización *a posteriori* del proceso real” (Latour y Woolgar, 1979:252) es crucial para el ideal de la neutralización de la subjetividad, porque oculta lo caótico, lo contingente y lo que se hace sin método. A su vez, poner un velo sobre lo caótico, lo contingente y lo que se hace sin método es crucial para la posibilidad de reproducir las investigaciones (*replication*).¹⁵ Al hacer etnografías de laboratorios y contrastar los reportes

¹⁵ Debido a las dificultades prácticas, escasos incentivos y la tesis Duhem-Quine (Duhem, 1991 [1906]; Quine, 1953; véase también Harding, 1976), en la realidad rara vez se hace una

Cuadro 3

Objetividad epistémica en Estados Unidos y México

	<i>Estados Unidos</i> (%)	<i>México</i> (%)
Reconstrucción racional del proceso de investigación		
Sí	80	0
No	20	100
Secciones		
Estándar	93	0
No estándar	7	80
Dos secciones o sin secciones	0	20
Promedio de cuadros	4.40	0.33
Discusión de los datos		
Sí, en una sección	67	0
Sí	20	10
No	13	90
Métodos de discusión		
Sí, en una sección	63	0
Sí	7	0
No	30	100
Número de casos	30	30

formales e informales de los científicos de las ciencias naturales, los sociólogos han destacado el carácter ficticio de estas racionalizaciones (Gilbert, 1976; Gilbert y Mulkay, 1981, 1984; Knorr-Cetina, 1981; Latour, 1981; Latour y Woolgar, 1979; véase también Medawar 1990 [1963]). Este tipo particular de “manejo de las impresiones” (Goffman, 1959) resulta evidente en 80% de los ART-E, pero en ninguno de los ART-M (véase Cuadro 3).

Un sugerente indicador es el vocabulario de palabras como “expectativas” o “lo que se esperaba encontrar” [*expectations*] y “anticipaciones” [*an-*

reproducción de los estudios. No obstante, la ciencia se apoya fuertemente en la posibilidad de reproducción (véase Collins, 1985). En cuanto a la tesis Duhem-Quine puesta en práctica en la sociología estadounidense reciente, véase el artículo de Ferree y Hall (1996), el comentario de Manza y Van Schyndel (2000) y la respuesta de Ferree y Hall (2000); y el artículo de Finke y Stark (1988), la “nueva evidencia” de Breault (1989a), el comentario de Finke y Stark (1989), y la respuesta de Breault (1989b).

ticipations], “hipótesis” [*hypotheses*] y “predicciones” [*predictions*] acerca del mundo empírico, que se presentan antes de los “hallazgos” o “resultados” (e. g., Diani, 1996:1056, 1057; Ferree y Hall, 1996:935, 936; Lieberson, Dumais y Baumann, 2000:1249, 1253; Zhao, 1998:1494). Así pues, los resultados pueden resultar ser como “se esperaba [*as expected*]” (Stearns y Allan, 1996:710), o uno puede encontrar un “hallazgo sorprendente” (Koopmans y Statham, 1999:689) o “un resultado sorprendente” (Lieberson, Dumais y Baumann, 2000:1261). Lavin y Maynard (2001:469; cursivas mías) ilustran el argumento:

Dado que no hay restricciones a las que esté sujeta la risa del entrevistador en el centro de estudios de la Universidad de Midstate, *esperaríamos [we would expect]* que las prácticas de los entrevistadores para tácitamente no corresponder a la risa iniciada por el entrevistado serían menos comunes, y que una actitud de reciprocidad sería más frecuente. *Nuestro conteo* de los casos en que se acepta, se rechaza, y el uso de técnicas de risa fingida en los dos conjuntos de datos, *confirmaron estas expectativas [confirmed these expectations]*.

Este vocabulario recuerda el del artículo cuantitativo estándar y sus “expectativas” acerca de lo que los modelos estadísticos arrojarán (*yield*) como resultado. De hecho, como Latour (1981:66) señala, se está inventado un “marco temporal”, con la ayuda de “marcadores temporales”. La pregunta, tanto para los artículos cuantitativos como para los no cuantitativos, no es si las expectativas de hecho surgen en la mente de los investigadores antes de su encuentro con los datos, si de veras se sorprendieron al encontrar lo que encontraron, o si la reseña de los estudios sobre el tema fue en realidad la primera sección que escribieron. De lo que se trata es que la comunidad espera una reconstrucción racional del proceso de investigación que lo describe como si así fuera el caso. Incluso pese a que cada científico en particular conoce cómo funcionan las cosas en la realidad la mayor parte del tiempo, *la comunidad* parece creerse el cuento de la secuencia ordenada.

La reconstrucción del proceso de investigación también queda visiblemente señalada por el hecho de que, como se dijo arriba, 93% de los ART-E muestran, con pequeñas variaciones, un formato estándar de organización del argumento (véase el Cuadro 3). Este formato está moldeado sobre el patrón del reporte de investigación de las ciencias naturales. Se basa en los bien ordenados pasos del método científico: “introducción”, “teoría” o “reseña de los estudios sobre el tema” o “estudios precedentes”, “datos y métodos” (en lugar de los “materiales y métodos” del científico experimentalista), “resultados” o “hallazgos”, “discusión” o “conclusión”. Esta secuencia trata de

aparecer como natural, lógica y necesaria. Pone “al alcance del lector un retrato del proceso de descubrimiento como una secuencia que sigue algo así como un sendero de pasos lógicos hacia la revelación de un fenómeno desconocido hasta entonces” (Woolgar, 1981:263).

Lenguaje, matemáticas y símbolos

Los esfuerzos en pos de la estandarización también conciernen al lenguaje. Los objetivistas procedimentales y el lenguaje ordinario siempre han tenido una relación difícil. Por ejemplo, los positivistas lógicos, al señalar el carácter impreciso y ambiguo del lenguaje, querían llegar a un lenguaje completamente formal para la ciencia (véase, por ejemplo, Nagel, 1961:7-10). El problema con el lenguaje ordinario es que es demasiado maleable; la huella de la subjetividad del autor es demasiado conspicua. Así, por ejemplo, el nuevo profesional “científico” de la historia de fines del siglo XIX rechazó el “estilo gótico” de su predecesor, “literario” y “de caballero aficionado” (Novick, 1988:43, 44).

La cuestión de la prosa de la sociología y su presunto carácter abstruso tiene muchas dimensiones, incluyendo la relación entre ideas complejas y un estilo denso, y cómo el dominio de un código inaccesible para el lego legitima los cotos profesionales. Aquí sólo quiero resaltar que dado que los significados de los textos son producto de un proceso dialéctico en el que el lector tiene un papel significativo, entre más oscura sea una prosa, más dependerá el significado del lector, y menos alcanzará la objetividad, o en todo caso, intersubjetividad. Pese a las quejas de los sociólogos en Estados Unidos (por ejemplo, Becker, 1986; Erikson, 1990), la prosa en México es *muchísimo más* abstrusa que la prosa estadounidense. De una manera muy similar al caso de la filosofía continental (a diferencia de la analítica) (Rorty, 1982:220), en México el trabajo de entender el texto recae por lo común en el lector.¹⁶

Por razones que tienen que ver con la economía de la investigación, no puedo ofrecer un indicador objetivo en este caso (por ejemplo, uno que sacara el promedio de oraciones subordinadas por enunciado¹⁷). Sólo puedo ilus-

¹⁶ No hay por qué creer que la naturaleza gramatical de las dos lenguas sea una fuente de espiruidos (es decir, que el español sea más proclive que el inglés a caer en una prosa abstrusa).

¹⁷ Incluso sería necesario tomar en cuenta la función gramatical de esas oraciones subordinadas para construir un indicador confiable de “prosa abstrusa”. Otros dos indicadores aceptables serían el promedio de pronombres relativos o demostrativos por oración. En cuanto a la oscuridad del vocabulario, sería todavía más difícil, pues ¿cómo se definiría el grado de oscu-

trar esto con una oración que no es atípica de los ART-M, que un traductor que no se preocupara mucho por el estilo podría verter al inglés en dos o tres oraciones:

En otras palabras, si bien en un primer momento debe tenerse el cuidado de entender ciertos procesos sociales como poseedores de una neutralidad que metodológicamente nos salva de oponernos políticamente a algo que puede ser de indiscutible beneficio para un país, luego, hecho este acto de medida analítica, debe considerarse la posibilidad de una *querella* en el campo de los efectos o desembocaduras de tales procesos, disyuntiva crucial en caso de un cogobierno entre izquierda y otros bandos del escenario político y una de las formas por excelencia para ejercer, desde la izquierda, la diferenciación sin tener que esperar la aplicación plena de todas y cada una de las propuestas propiamente izquierdistas, en el supuesto claro de que hayan dejado el limbo de lo fantoso. (Barrios Suvelza, 2000:180-81; cursivas del original)

En las antípodas del lenguaje natural están las matemáticas. Las matemáticas encarnan el ideal de objetividad entendido como neutralización de la subjetividad. En primer lugar, de los lenguajes convencionales que existen es el que mejor supera las individualidades y las contingencias, y de mejor manera cumple con las exigencias de commensurabilidad, publicidad y comunicabilidad. Una vez que los conceptos sociales se han traducido al lenguaje de las matemáticas, pueden ser manipulados y tratados como *si fueran* este tipo de entidades, con lo que se saca partido de la elegancia y exactitud de las matemáticas. En segundo lugar, se *cree o piensa* que las matemáticas son objetivas, universales, intocadas e intocables por los factores sociales (véanse argumentos en contra de esto por parte de sociólogos de las matemáticas en Bloor 1991 [1976]; Restivo, 1992). Así, además de los propósitos epistémicos que los coeficientes de regresión y las ecuaciones satisfacen en la investigación social cuantitativa, simbólicamente transmiten un sentido (*sense*), un aire de objetividad y científicidad. Todo esto resulta muy conveniente para los sociólogos cuantitativos que se inclinan hacia el juego de lenguajes de la ciencia, que son seguidores de los dictados de Lord Kelvin acerca de la indigencia del conocimiento que no se expresa en números (Kuhn, 1977:178; McCloskey, 1985:7; Merton, Sills y Stigler, 1984; Wirth,

ridad de una palabra? ¿Cómo podría medir uno el grado de oscuridad de cada palabra de las miles que tiene un artículo? Bazerman analiza artículos espectroscópicos publicados en la *Physical Review* de 1893 a 1980 (1988:167-171), apoyándose en variables como el tipo de cláusula subordinada, longitud de la oración o el tipo de palabra que es el sujeto de la oración principal.

1940:169). Pero, ¿qué hacen los sociólogos no cuantitativos que también se inclinan hacia el mismo juego de lenguajes de la ciencia?

Mientras la sociología mexicana descarta las matemáticas y las estadísticas casi por completo, los ART-E recurren una y otra vez a la jerga y símbolos de las matemáticas y la estadística. Por ejemplo, Koopmans y Statham (1999:668) toman las alfas de Cronbach para asegurar la confiabilidad entre codificaciones (*intercoder reliability*); y en sus siete tablas cruzadas (1999: 676-686) indican los valores para *ji*-cuadrada, los valores de *P*, y los grados de libertad, empleando la notación estadística usual. Lieberson, Dumais y Baumann (2000:1266, 1281, 1283) indican los valores de *P* y las *rho* de Spearman, y las gráficas y números figuran de manera prominente. Los autores (2000:1260, nota) también construyen un Índice de androginidad, “derivado del índice *P**”, y dan la ecuación en una nota a pie de página. La sección “teórica” de Guseva y Rona-Tas (2001:624) examina varios abordajes académicos sobre el crédito, el riesgo, la incertidumbre y la confianza. En su glosa del abordaje por parte de la teoría económica más aceptada (*mainstream*) de la incertidumbre y el riesgo, presentan (2001:624) una expresión algebraica que representa “el teorema estándar de maximización de la utilidad esperada”.

Los textos que hacen análisis de la conversación (*conversation-analysis*) es otro buen ejemplo. Su aparato simbólico se muestra abiertamente en abundantes “fragmentos” o “extractos”, y en exhaustivos apéndices que indican “las convenciones de transcripción usadas en este artículo” (Lavin y Maynard, 2001: 474-476), o “símbolos de transcripción” (Greatbatch y Dingwall, 1997: 167). Los que hacen este tipo de análisis afirman que sus transcripciones permiten “[a] los investigadores revelar y analizar aspectos tácitos, ‘vistos pero no notados’, de la conducta humana que de otra manera no estarían disponibles para su estudio sistemático” (Greatbatch y Dingwall, 1997:153). Es de notarse que esta “revelación” se logra siguiendo un método estandarizado que mecánicamente traduce enunciados en representaciones simbólicas. Este método genera dos tipos de cifras: progresiones arbitrarias que indican el número de renglón, y números entre paréntesis que indican la duración de las pausas (*silences*) en décimas de segundo. En el segundo caso, uno presencia mediciones numéricas precisas de un aspecto del mundo empírico, es decir, los números corresponden de alguna manera a la naturaleza. De esto se saca provecho puntualmente —por ejemplo, Duneier y Molotch (1999:1277) se refieren a “una larga pausa de 2.2 segundos de duración” en sus transcripciones y la interpretan, y Lavin y Maynard (2001:460) hacen lo propio con una “pausa de 1.9 segundos”. Si bien los autores conservan para sí la discreción con respecto a la interpretación hasta cierto punto, los métodos de análisis de la conversación han limitado una parte de la misma, y así han ayudado a alcanzar la objetividad procedimental.

En su búsqueda de la objetividad procedural, los ART-E emprenden formalizaciones más sistemáticas. El estudio histórico-comparativo de Goldstone y Useem (1999:1020) de 13 motines carceleros en Estados Unidos lleva un suplemento de “análisis formal de datos”: “la prueba de signos aparentados”. La investigación de Cress y Snow (2000) acerca de las organizaciones del movimiento social de los sin casa emplea el análisis comparativo cualitativo (QCA, por sus siglas en inglés) de Ragin (1987). Las tablas de verdad de QCA, las ecuaciones booleanas y la mención misma de “la lógica del álgebra booleana” (Cress y Snow, 2000:1079), de manera conspicua dan la impresión de objetividad y científicidad. Pero, algo que es más importante, el QCA da realidad a la objetividad procedural al ser una regla algorítmica en la cual uno —cualquiera— puede introducir datos y obtener resultados. Como los modelos estadísticos, las tablas de verdad se presentan como algo que arroja verdades indiscutibles independientes de los caprichos del cognosciente.

Pasemos ahora al uso de cuadros y figuras. La diferencia entre los ART-E y los ART-M es muy significativa: el promedio por artículo es de 4.40 para los ART-E y de 0.33 para los ART-M. Un examen del lenguaje pictórico (Gilbert y Mulkay, 1984; Lynch y Woolgar, 1990) de los cuadros y figuras rebasa por mucho los límites del presente artículo. Notemos únicamente que los cuadros y figuras tienen una relación más estrecha con las matemáticas que con el lenguaje natural en lo que se refiere a su atractivo de commensurabilidad y rechazo de la subjetividad. Por ejemplo, los cuadros con mucha frecuencia contienen números. Su forma y apariencia es muy sugerente de un cierto estilo de pensamiento. A veces, los cuadros llegan a dar la regla algorítmica de que carecen en general los artículos no cuantitativos. Tómesel el caso de Cooney (1997). Su Cuadro 3 (1997:323) compara las tasas de mortalidad a causa de la guerra y por homicidio para sociedades sin Estado y las que tienen un Estado democrático. Es fácil notar en el cuadro que las primeras tienen una tasa más alta. Así, Cooney (1997:324) escribe: “Por lo tanto, la conclusión que se saca del Cuadro 3 parece clara: entre más violenta...”. Lo que merece ser mencionado es que la conclusión se saca del cuadro más que de, digamos, la narración. Es como si el cuadro no estuviera mostrando los datos o apoyando el argumento, sino *produciendo* los resultados, y al mirarlo uno pudiera hallar la relación que antes no se conocía.

Discusión de los datos y métodos

Para que se pueda dar la reproducción de las investigaciones, los científicos tienen que describir exhaustivamente cómo llegaron a las afirmaciones de

conocimiento que defienden. Esto incluye la descripción de los datos de los que se sirve el artículo, los métodos que se emplearon para recolectarlos y las operaciones que se hicieron sobre la evidencia. Como lo expresara uno de los bioquímicos entrevistados por Gilbert y Mulkay (1984:53), “el artículo científico debería ser tal que, asumiendo que haya un biblioteca disponible, un marciano pudiera venir y hacer el experimento de uno”. 87% de los ART-E incluyen alguna especie de exhibición o explicación de los datos (o hablan de los datos). 67% lo hace en la forma de una sección de “datos” o de “datos y otra cosa (a menudo métodos)”. 90% de los ART-M ni siquiera tienen una sola referencia a la evidencia en la que se apoyan; nunca hay una sección de “datos” (véase el Cuadro 3). Es decir, los argumentos se basan en evidencia empírica, pero no hay una discusión o examen de sus características, cómo fue recolectada, sus “limitantes” y cosas por el estilo.

En el mismo sentido, mientras que ningún ART-M se refiere a los métodos mediante los cuales se llegó a sus afirmaciones de conocimiento, tales referencias aparecen en 70% de los ART-E (véase el Cuadro 3). Incluso cuando los autores en México llevaron a cabo costoso trabajo de campo no resulta retóricamente provechoso describirlo puntualmente. Si les interesa, los lectores tienen que vérselas por ellos mismos para inferir de pistas apenas visibles en qué consistió la investigación y cómo se llevó a cabo. Por ejemplo, Salas-Porras utiliza notas a pie de página para indicar que “se revisaron exhaustivamente *Expansión*, y varios periódicos internacionales” (2000:70) y para mencionar las entrevistas que realizó (2000:66, 67, 68, 75; véase también Botero Villegas, 1998).

Los etnógrafos en Estados Unidos son dignos de ser notados en particular a este respecto. ¿Cómo se enfrentan los etnógrafos a la objetividad procedimental, dado que el método mediante el cual recogen los datos parece ser esencialmente subjetivo? Una estrategia común es hacer una descripción muy detallada de sus datos y métodos. Las etnografías llegan a dar cuenta de detalles como de qué manera un proyecto comenzó por azar cuando el autor conoció a varios pandilleros al realizar una encuesta (Venkatesh, 1997:86); quién presentó a los entrevistados a los autores (Edin y Lein, 1997:255); o una descripción precisa de dónde y cuándo se llevó a cabo el trabajo etnográfico (Duneier y Molotch, 1999:1265): “en tres cuadras consecutivas a lo largo de la Sexta Avenida, de la Calle Ocho y Avenida Greenwich a Washington Place, de septiembre de 1992 a octubre de 1998, con observaciones diarias de septiembre de 1992 a junio de 1993 e inmersión completa durante los meses del verano de 1996 y 1997”. Duneier y Molotch (1999:1268) ilustran todavía más este aspecto:

Mitch se hizo ayudante general de los vendedores ambulantes, a veces cuidando su mercancía cuando iban a algún asunto, a veces comprando mercancía que les ofrecían cuando no estaban los vendedores y ayudándoles en sus búsquedas de mercancía. También les hacía favores tales como traerles café. Llegó a trabajar durante dos veranos completos como buscador y vendedor.

La idea básica que subyace en estas destalladas descripciones parece ser que uno puede controlar la variable “realizar favores tales como ir por café”. Dicho de otro modo, aunque el hecho de que el autor fuera por café puede introducir sesgos y ciertamente introduce elementos idiosincrásicos, mediante una “introspección benigna” (Woolgar, 1988b) uno llegaría a expurgar cualquier efecto indeseable de los datos. Por medio de los fragmentos del texto dedicados a “anécdotas del [trabajo de] campo (*tales of the field*)”, los etnógrafos de hecho pueden llegar a exorcizar el espíritu maligno de la subjetividad de los datos. Posteriormente, sus afirmaciones de conocimiento pueden ser afirmadas en el acostumbrado tono de la objetividad. Este aspecto acerca de la investigación mediante trabajo de campo nos conduce a una cuestión más general que no se restringe a las etnografías: la relación entre la cualidad-condición de autor (*authoriality*), la voz pasiva y los pronombres de primera persona, y la objetividad epistémica.

La cualidad-condición de autor (authoriality)

Como ha mostrado Booth (1961:8), Henry James y Gustave Flaubert fueron los iniciadores de un cambio de la mayor importancia en la retórica de la ficción: las verdaderas novelas tenían que ser realistas, todos los autores tenían que ser objetivos, el verdadero arte tenía que ignorar al público: “Desde Flaubert, muchos autores y críticos han estado convencidos de que las formas narrativas ‘objetivas’ o ‘impersonales’ (...) son lógicamente superiores a cualquier clase que permita la aparición directa del autor o de su portavoz de confianza”. A los científicos de las ciencias naturales, también, parecen gustarles los modos impersonales de narración. Así, los sociólogos de la ciencia a menudo han dicho que los textos de las ciencias naturales se escriben generalmente en voz pasiva y en el “estilo sin estilo” (Gilbert, 1976; Gusfield, 1976:20, 17). Pero, al menos en la ciencia, la voz gramatical que elija el autor tiene más implicaciones que las meramente estilísticas. Parece que los científicos creen que apariciones directas del autor son perjudiciales para la objetividad de sus afirmaciones. Como se dijo arriba, esto se relaciona con el papel que entender la objetividad como una “anti-subjetividad” puede orillar

al autor a asumir: “al científico se le ve sólo como un mensajero que transmite la verdad de la Naturaleza (...) [E]l mensaje que trae de la Naturaleza no debe ser visto como su propio mensaje particular” (Gilbert, 1976:285; véase también Foucault, 1984:109).

Apoyándose en conceptualizaciones de la textualidad y de la facticidad más favorecidas por críticos literarios que por sociólogos, Agger (2000) ha afirmado que “la corriente principal (*mainstream*) de la sociología en Estados Unidos” oculta la cualidad-condición de autor (*authoriality*) y purga el texto de su literariedad (*literariness*). La ciencia “positivista” “se escribe en voz pasiva”; “la presencia del autor en primera persona se expurga” (Agger, 2000:28). Según mis datos, sin embargo, esto sólo es parcialmente correcto. Como los autores quieren aparecer como “concebidores, hacedores y dueños” de sus afirmaciones de conocimiento, “la primera persona a menudo se usa para expresar el papel activo del autor en la construcción de las ideas y la recolección de datos, así como para reclamar el crédito por el proceso de investigación y los resultados” (Bazerman, 1988:287). Así pues, en los ART-E la primera persona sólo es prominente en ciertos “*topoi* aprobados” (Clifford, 1983:132), como las secciones de datos y métodos, y los párrafos donde los autores especifican cuáles son sus hipótesis, sus resultados y sus contribuciones a la ciencia. Entonces, como Geertz (1973) en sus notas acerca de las peleas de gallos en Bali, los sociólogos “desaparecen abruptamente” (Clifford, 1983:132) del texto. Como lo nota Latour (1999:132; cursivas del original) en su examen del famoso texto de Pasteur sobre la fermentación de la leche: “[e]l director se retira de la escena, y la lectora, confundiendo (*merging*) sus ojos con los del asistente del director (*stage manager*), ve una fermentación que se forma en el centro del escenario *independientemente* de cualquier obra de construcción”. Un ejemplo sobresaliente de esto es la presentación narrativa que los sociólogos que siguen líneas histórico-comparativas hacen de los datos históricos como hechos no problemáticos, en la cual todos los vestigios de la cualidad de autor quedan desterrados. Tras la introducción, la formulación de la pregunta de investigación y la discusión teórica, dejan que la historia “hable por sí misma”.

Los pronombres de primera persona del singular son raros en los ART-M. A veces aparece el plural mayestático en su lugar. Pero los ART-M en general se escriben en la forma impersonal de la tercera persona del singular. Los datos y métodos no son objeto de discusión o examen y la petición de crédito para las afirmaciones de conocimiento, aunque no están del todo ausentes, es menos frecuente que en Estados Unidos. Así, desde el punto de vista gramatical, los autores mexicanos en su mayor parte no están presentes en sus textos. ¿Cómo podemos dar cuenta de este tipo de manejo de las impresiones [*impres-*

sion managment]? Primero, es claro que está relacionado con la pragmática del idioma español: la mencionada forma impersonal de la tercera persona es muy común y natural, incluso en el habla coloquial. Segundo, los sociólogos mexicanos dan por sentado (*take for granted*) que las descripciones sociológicas están hechas de interpretaciones. En lugar de dejar que los hechos hablen por sí mismos tanto como sea posible e “interviniendo” sólo cuando sea necesario, se considera que un artículo mexicano es totalmente producto de la “intervención” de su autor. Así, puede ser innecesario decir explícitamente que tales interpretaciones son del autor, pues ¿cómo podría ser de otra manera? En particular, la extendida presencia de juicios de valor deja ver que la naturaleza no está hablando por sí misma. Recordemos, al fin y al cabo, que la Naturaleza se adhiere con fervor a la doctrina positivista de la neutralidad ética.

Neutralidad ética

El ideal de una ciencia libre de valores tiene diversas raíces filosóficas, desde el famoso argumento de Hume acerca de la imposibilidad de derivar “debería ser” de “es”, hasta el argumento de los positivistas lógicos acerca de la carencia de significado de los juicios de valor (Ayer, 1952; Hume, 1978 [1739-1740]:469-470; Proctor, 1991). Entre los sociólogos estadounidenses, la referencia canónica son las supuestamente nítidas distinciones entre valor y hecho de Weber (1946, 1949), *Wertfreiheit* (libertad de valores o neutralidad ética) y *Wertbezogenheit* (relevancia de los valores o relación de los valores), y el contexto del descubrimiento y el contexto de la justificación (véase Ciaffa, 1998; Turner y Factor, 1984). De hecho, la ciencia moderna asocia los valores al sesgo y la perspectiva, y con ello hace que la neutralidad ética sea un prerequisito de la objetividad epistémica. Los valores quedan circunscritos en lo que Reichenbach (1938) denominó “contexto del descubrimiento” (“mientras fuma [uno] un cigarro en el sofá”, como dice Weber (1946: 136)). En el artículo de revista son retirados de la presentación del yo científico. En lo que sigue, examino hasta qué punto las sociologías mexicana y estadounidense se conforman a este prototipo.

Ahora bien, ¿qué debe tener un juicio para ser considerado un juicio de valor? ¿Cómo distingo enunciados *wertende* de los *wertfrei*? En tres tipos de casos esto es una tarea relativamente fácil. Primero, los juicios que son abiertamente de bondad, belleza, rectitud o valor. Segundo, de hecho un subtipo del primero, cuando los autores toman partido, violando la regla de la imparcialidad hacia sus “personajes”, para decirlo como Chéjov y Flaubert

(Booth, 1961:77). Tercero, enunciados acerca de lo que uno debería o no debería hacer (moralmente hablando). El cuarto tipo no se detecta tan fácilmente, ya que en este caso los autores no declaran abiertamente que tal o cual cosa es buena o tal o cual debería hacerse. Más bien, en contextos discursivos particulares y en el contexto de una comunidad particular de discurso, ciertas palabras, expresiones, tonos, citas, gestos pueden connotar juicios de valor particulares. De hecho, ciertos vocabularios pueden por sí y en sí mismos indicar una lealtad hacia ciertos valores.¹⁸ Como veremos más adelante, ésta es una de las maneras en que se pueden entrelazar hechos y valores.¹⁹

De acuerdo a una medición con pautas sumamente conservadoras, juicios de valor se hallan en 80% de los ART-M, y sólo en 10% de los ART-E (véase el Cuadro 4). Lo primero que hay que ver es que esta diferencia no es puramente epistemológica, dado que el tipo de tópicos que abordan los sociólogos mexicanos tiene mucho que ver con ello. Esto se debe a que las probabilidades de cumplir con el principio de neutralidad ética parecen ser menores si el artículo trata sobre el actual gobierno de izquierda de la Ciudad de México que si tratara sobre isomorfismos institucionales miméticos.

Consideremos algunos ejemplos de mis datos. El artículo de Salas-Porras (2000) sobre la participación de los empresarios mexicanos en la política electoral está lleno de mordaces censuras dirigidas al ex presidente Carlos Salinas de Gortari y al Partido Revolucionario Institucional (PRI), que en aquel entonces estaba en el poder. Es significativo que el propio abordaje de su principal objeto de estudio, la relación entre los empresarios y la política electoral, de ninguna manera sea neutral:

Las contribuciones financieras de los ricos tornan el campo electoral más desequilibrado e injusto, dan a una pequeña minoría medios adicionales de in-

¹⁸ Puede ser que este tipo de enunciados aspire a ser afirmaciones de conocimiento verdaderas, y (debido a mi orientación metodológica) no quiero implicar que esta aspiración sea irreconciliable con el hecho de estar también cargados de valor (*being value-laden*).

¹⁹ Esta burda caracterización de los juicios de valor basta para mis propósitos. Por supuesto soy consciente de que uno puede definir los valores de tal manera que la mayor parte o incluso todas las afirmaciones de conocimiento queden cargadas de valor. Por ejemplo, la elección de la teoría se basa en parte en valores epistémicos (véase, por ejemplo, Putnam, 2002). Se puede decir de los valores que están interconstruidos en los propios conceptos de los sociólogos (véase, por ejemplo, Taylor, 1985). Además, el ideal de una ciencia libre de valores es en sí mismo un ideal moral, así que la ausencia de enunciados morales puede interpretarse como una especie particular de enunciado moral. No obstante, uno todavía puede de manera consistente y útil distinguir entre estos sentidos de 'estar cargado de valor' [*value-ladenness*] y el sentido más estricto que estoy utilizando.

Cuadro 4

Neutralidad ética en Estados Unidos y México

	Estados Unidos (%)	México (%)
Presencia de juicios de valor		
Sí	10	80
No	90	20
Número de casos	30	30

fluencia y poder, aumentan el tráfico de influencias, el clientelismo político, la competencia económica desleal y la corrupción. (Salas-Porras, 2000:77)

[U]n grupo muy selecto de empresarios (...) erosionan esfuerzos más serios y consistentes, tanto de pequeños como de grandes empresarios, para desarrollar una versión de liberalismo más ética, plural y democrática que la que hasta ahora conocemos en México: unilateral, clasista y deforme. (Salas-Porras, 2000:80)

Tómese ahora el caso de Pucciarelli (1999), que examina la reciente situación política, social y económica de Argentina. Su afirmación de conocimiento principal es que la estructura social argentina recientemente ha sufrido importantes transformaciones hacia una mayor “polarización social”, “segmentación social” y “exclusión social”. Si bien esta afirmación no implica necesariamente un juicio de valor, Pucciarelli no tarda en condenar duramente todas estas transformaciones, con lo que presenta una encendida crítica de los asuntos políticos de Argentina. Curiosamente, como hacen varios otros autores en lo que tiene que ver con sus países de origen, se refiere (1999:121, 126; cursivas mías) a Argentina como “*nuestro país*”, identificándose con la nación y su comunidad. Algo que resulta más relevante es que la condena y la descripción están tan trabadas entre sí que es difícil distinguir una de la otra. Esto es de lo más evidente cuanto el autor (1999:148; cursivas mías) explícitamente defiende el empleo del término “decadencia” en lugar del de “crisis”, de menor carga valorativa:

[N]os parece más ajustada a nuestros propósitos la noción de “decadencia”, que contiene un significado más preciso y nos permite, además, aprovechar adecuadamente su propiedad principal, es decir su sentido descriptivo, comparativo y también *valorativo*.

Resulta revelador que Pucciarelli titule su texto “¿Crisis o decadencia?”. Ahora bien, por la sencilla razón de adoptar una terminología marxista (en su variante de la izquierda latinoamericana), podría ser que uno esté adhiriéndose en el terreno epistemológico al espíritu de la onceava tesis de Feuerbach, y quizás en el terreno político a la causa progresista o incluso también revolucionaria. Y, al mismo tiempo, puede ser que uno exhiba una adhesión a los valores “correctos”, de manera muy similar al efecto que se logra cuando se cita a los teóricos “correctos” (Gilbert, 1977; Stinchcombe, 1982, 2001). Los sociólogos en México a menudo hablan de “clases dominantes” (Botero Villegas, 1998:394, 395; Dilla Alfonso y Oxhorn, 1999:132; Pucciarelli, 1999:134, 140, 149; Stavenhagen, 1998:7); “poder dominante” (Héau Lambert y Giménez, 1997:224); “grupos dominantes” (Stavenhagen, 1998:9); “sectores dominantes” (Botero Villegas, 1998:406-407); y “burguesía” (Barrios Suvelza, 2000:191, 193; Tamayo, 1999:502, 509). Igualmente también hablan de “clases populares” (Barrera, 1998); “sectores populares” (Barrera, 1998: *passim*; Ibáñez Rojo, 1998:359; Massolo, 1996:136; Pucciarelli, 1999:134, 149); “luchas populares” (Héau Lambert y Giménez, 1997: *passim*); y “proletariado” (Tamayo, 1999:502).²⁰ Con todo, *la bête noire* es sin duda el “neoliberalismo” (Barrera, 1998: *passim*; Massolo, 1996:134, 136; Pucciarelli, 1999:129, 130; Tamayo, 1999:510). Uno puede referirse a la “depredación neoliberal” (Dilla Alfonso y Oxhorn, 1999:132); a las “políticas económicas neoliberales” (Zermeño, 1999: *passim*; Ziccardi, 1999:110); a la “importancia atribuida por la política neoliberal en turno a las grandes empresas en detrimento de las pequeñas” (Mingo, 1996:91); a la “imposición sutil de la normativa neoliberal” (Barrios Suvelza, 2000:176); o a la situación que se “[ha] agravado considerablemente (...) por (...) las políticas neoliberales de los gobiernos y de los organismos financieros multinacionales” (Stavenhagen, 1998:13). En estos contextos, “neoliberalismo” es obviamente una palabra de carga valorativa. No se refiere a una doctrina económica basada en el lema “*laissez faire, laissez passer*”. Significa una doctrina económica basada en el lema “*laissez faire, laissez passer*” que es conceptualmente incorrecta y moralmente deplorable.

De hecho, los argumentos relativos al “neoliberalismo”, en sentido amplio, son el lugar donde con más frecuencia valores y hechos concurren en

²⁰ Otras expresiones con connotaciones marxistas son: “lucha de clases” (Tamayo, 1999:507); “orpesión” y “explotación” (Massolo, 1996:134); “oligarquía” y “clase para sí” (Barrera, 1998:15); “conciencia de clase” (Barrera, 1998:19); “hegemonía” (Botero Villegas, 1998:495); “intelectuales orgánicos” (Dilla Alfonso y Oxhorn, 1999:137; Héau Lambert y Giménez, 1997:242); y “variables superestructurales” (Barrios Suvelza, 2000: 176, 200).

los ART-M. Por ejemplo, Stavenhagen (1998:3-4) habla acerca del “dogma neoliberal”:

[C]omo todos los dogmas, éste se mantiene firme contra toda evidencia con un impresionante aparato publicitario y se ha adueñado de las principales agencias intergubernamentales, de los planteamientos dominantes de los gobiernos del planeta, y de la mayoría de las instituciones académicas y universitarias (para no hablar de las agrupaciones de empresarios, quienes son los primeros interesados en promover el mito).

Refiriéndose a América Latina en los años sesenta y setenta, Stavenhagen (1998:8-9) contrasta dos bandos: “los movimientos campesinos, los partidos de izquierda y algunos intelectuales” que “reclamaban la necesidad de las reformas agrarias, basándose en convincentes argumentos económicos, sociales y políticos”, con “los grupos dominantes” que “se organizaron de manera nacional e internacional y pronto lograron contener la marea popular mediante la instalación de regímenes militares más o menos brutales, con amplia ayuda de los Estados Unidos”. No es necesaria una aclaración adicional para entender que el autor rechaza moralmente el “dogma neoliberal”, o que “los movimientos campesinos, los partidos de izquierda y algunos intelectuales” son los buenos y los “grupos dominantes” los malos. Y, de nuevo, sus juicios de valor, imbricados con su razonamiento y vocabulario, no pueden separarse ni de su exposición de los hechos, ni de su argumento acerca de las causas de la pobreza en América Latina.

Por su parte, Zermeño (1999:183) se propone “[analizar] el desorden generalizado y la pulverización social a la que han conducido los procesos de apertura comercial y globalización”. El autor cree que uno debería “encontrar un camino que (...) atempere” “esos poderes incommensurables” como “Washington y las grandes trasnacionales e instituciones financieras” (Zermeño, 1999:199). También se halla un talante similar hacia Washington en el texto de Dilla Alfonso y Ovhorn (1999:123, 142), el cual se refiere a la “agresividad de Estados Unidos [en contra de Cuba]” y a la “injerencista ley Helms-Burton”. Por último, Barbieri (2000:51) señala que “las fuertes resistencias de las grandes empresas multinacionales y los gobiernos de países como Estados Unidos y Japón a tomar medidas que afectaran sus intereses económicos, centró en la población pobre de los países pobres, y específicamente en sus mujeres, la causa de los males del mundo”.

Sólo 10% de los ART-E (es decir, tres artículos) no están del todo libres de valores.²¹ En dos de ellos, sólo hay algunas palabras, expresiones o refe-

²¹ Un juicio de valor medular e institucionalizado en el que no me puedo detener son las

rencias poco importantes que podrían interpretarse como cargadas de valor. Por su parte, el artículo de Edin y Lein (1997) es un ejemplo especialmente ilustrativo de cómo los valores pueden incorporarse al discurso científico en Estados Unidos. Los resultados de Edin y Lein sobre las estrategias de supervivencia económica de las madres solteras se alcanzan mediante métodos científicos, en los cuales se nota la clara ausencia de valores, así como la clara presencia de dispositivos de objetividad procedural. En la parte final de la conclusión, tras hacer un resumen de sus resultados, las autoras señalan que tienen “una clara relevancia para las políticas públicas” y pasan a ofrecer seis propuestas de políticas a adoptarse (1997:264). Por ejemplo:

- (1) Permitir a las beneficiarias que cuenten la participación en programas educativos o de formación técnica de alta calidad que conduzcan a un salario a la altura de las exigencias del empleo. (...)
- (3) Expandir el programa de Seguro Federal de Desempleo para asegurar más trabajadoras en el sector de bajos ingresos, incluyendo las trabajadoras de medio tiempo. (Edin y Lein, 1997:264)

El problema humeano es si los enunciados normativos de Edin y Lein se siguen de sus resultados científicos. Me parece a mí que, como sus valores de narración están completamente aislados de los hechos, no hay necesidad de una relación lógica: sus enunciados normativos afirman llanamente los mejores medios para alcanzar fines que los responsables de las políticas han elegido, y con los cuales la ciencia nada tiene que ver. Incluso aunque en este caso los autores estén de acuerdo con esos fines, desde un punto de vista lógico tal paso es innecesario. “Creemos que a medida que los estados hagan transitar a las madres de la beneficencia al trabajo, el bienestar material de madres e hijos *debería* quedar asegurado” (Edin y Lein, 1997:264; cursivas mías).

La actitud general de los sociólogos estadounidenses hacia los valores queda bien ejemplificada con un párrafo del texto de Ganz (2000:1007-1008; cursivas mías):

Los datos en que se basa este análisis se toman de fuentes primarias y secundarias así como de mi experiencia con el UFW [United Farm Workers: Trabajadores Agrícolas Unidos] de 1965 a 1981 como organizador, como director de organi-

diferentes maneras en que se usan los pronombres singulares de tercera persona con género gramatical y sus formas declinadas en Estados Unidos para evitar el llamado lenguaje con sesgo de género [“gendered” language].

zación y como funcionario nacional. Esto plantea un *problema potencial de sesgo* basado en mis experiencias personales, los intereses que pueda tener en exposiciones particulares de sucesos controvertidos, y las relaciones personales con personas de todos los bandos del conflicto. Pero mi experiencia también me proporciona una comprensión profunda del contexto de estos sucesos, información directa de lo que tuvo lugar, y acceso a importantes recursos de investigación. En un intento por capitalizar los beneficios al tiempo que *se minimiza el riesgo*, “triangulo” mis datos para este estudio recurriendo a múltiples fuentes primarias y secundarias, *apoyándome en mi experiencia sólo donde se señale específicamente*.

Aun cuando —o, en realidad, precisamente porque— son la fuente de comprensiones y evidencias únicas, las “experiencias personales”, “intereses” y “relaciones personales” se ven como amenazas para la objetividad. Pueden introducir sesgos, y así poner en peligro el “punto de vista de nadie en particular”. Con todo, mediante la triangulación de datos se puede saber si las exposiciones de uno son objetivas o no, y así corregirlas. Uno puede corregir esos sesgos “malos” y conservar los “buenos”. Como diría Ernest Nagel (1961:489), “por hipótesis no es imposible distinguir entre hechos y valores, por lo cual pueden tomarse medidas para identificar una propensión valorativa cuando aparece y reducir al mínimo, si no eliminar completamente, sus efectos perturbadores”.

Finalmente, notemos que se considera que los sociólogos estadounidenses son, en promedio, mucho más de izquierda que el resto de la población de ese país. De hecho, se ha mostrado que la sociología es la disciplina académica más de izquierda de Estados Unidos (*most liberal*, como dicen en inglés) (Hamilton y Hargens, 1993; Ladd y Lipset, 1975). Además, los sociólogos estadounidenses publican en varios ámbitos que abrazan el trabajo éticamente comprometido. El asunto es que esos foros *no* son las revistas académicas de mayor prestigio y más profesionales. En éstas, sólo hay lugar para la verdadera ciencia.

Conclusión

Incommensurabilidad y la sociología del conocimiento

El hallazgo principal de este texto es que los supuestos epistemológicos de las sociologías mexicana y estadounidense —como quedan representadas por una muestra aleatoria de artículos no cuantitativos tomados de cuatro importantes revistas académicas— son significativamente diferentes. En pri-

mer lugar, asignan un papel distinto a las teorías, e incluso sus formas de entender en qué consiste una teoría son disímiles. En segundo lugar, mientras que los artículos estadounidenses luchan activamente en contra de la subjetividad, los mexicanos maximizan las potencialidades de los puntos de vista subjetivos. En tercero, los sociólogos estadounidenses tienden a valorar mucho el principio de neutralidad ética, mientras que los mexicanos lo dejan de lado con entusiasmo.

Este hallazgo tiene una implicación importante para el programa de investigación actual de la sociología del conocimiento, cuya ambición es dar cuenta no sólo de las creencias religiosas, los principios morales y las ideologías, sino también de los teoremas matemáticos y las teorías científicas. Hay varias maneras de interpretar el argumento de que el conocimiento científico está “condicionado”, “determinado”, “moldeado”, “influido”, etc. por su contexto social. Muchas de estas versiones son poco claras en el mejor de los casos y totalmente falsas en el peor. *Por supuesto*, la ciencia es una actividad humana, los científicos tienen intereses, sesgos y demás. *Por supuesto*, como cualquier institución humana, la ciencia involucra la política, las desigualdades, la cultura, el lenguaje, la retórica, las emociones y demás. Pero, ¿de qué manera se sigue de ello decir que el teorema de incompletitud de Gödel o el principio de exclusión de Pauli (es decir, el teorema en sí mismo o el principio en sí mismo) se “construyen socialmente”? Creo que mi investigación sugiere una dirección más prometedora para el argumento del condicionamiento social. Es fácil ver que los supuestos epistemológicos subyacentes tienen un efecto sobre el llamado contenido cognitivo de las teorías científicas. Es más, este efecto es de un carácter particular, que lo hace tener consecuencias en lo teórico: puede ser que no se pueda eliminarlo; puede ser que sea parte de la teoría misma. Como veremos, el que dos comunidades que buscan la verdad tengan supuestos epistemológicos distintos puede implicar que los conocimientos que producen sean incommensurables: podría ser que no exista un sistema métrico común mediante el cual sus afirmaciones de verdad puedan ser medidas con respecto a la realidad; la traducción sería imposible por principio. Ahora bien, los supuestos epistemológicos en cuanto son *supuestos*, *por definición* no están del todo separados de las contingencias del yo y de la sociedad. Por ello, el contenido cognitivo de las afirmaciones de conocimiento científico puede ser en un sentido (literalmente fundamental) influido por las condiciones sociales de su producción.

En 1962, tanto Kuhn (1970 [1962]) y Feyerabend (1981 [1962]) presentaron por vez primera en forma impresa y publicada “la” “tesis de la incommensurabilidad”. Pero ya en la *magnus opus* de Kuhn (por no mencionar los comentarios y debates posteriores, los escritos de Feyerabend y las varias

veces en que Kuhn repensó su argumento) hay varias “tesis de la incommensurabilidad” que tienen algo de incommensurable. Se puede organizar este campo haciendo la distinción entre la incommensurabilidad semántica, la epistemológica y la perceptual (Bird, 2000; Hoyningen-Huene, 1993:201-222; Kitcher, 1983; Sankey, 1994; Hoyningen-Huene y Sankey, 2001; véase también Chang, 1997; D’Agostino, 2003; Wong, 1989). La tesis semántica argumenta que “no hay lenguaje, neutral o de la clase que sea, al que [dos] teorías, concebidas como conjuntos de enunciados, pueden ser traducidas sin residuos o pérdidas” (Kuhn, 1983:670). De hecho, el significado de los términos teóricos y observacionales es una función de la teoría en la que se dan. La tesis perceptual se basa en lo dicho por Kuhn (1970 [1962]:150), según el cual “quienes proponen los paradigmas en competencia practican sus profesiones en mundos diferentes”—lo que Hacking (1993:276) llama el “problema del nuevo mundo”—. La idea básica es que las visiones de mundo y la experiencia perceptual no son independientes. Por último, la tesis epistemológica dice que los paradigmas difieren en los estándares que usan para evaluar la teoría. Como dice Kuhn (1970 [1962]:109), las escuelas científicas están en desacuerdo sobre qué es un problema y qué es una solución.²²

Para considerar la tesis epistemológica, pongamos el siguiente experimento mental. Supongamos que un sociólogo mexicano afirma *p* y uno de Estados Unidos afirma *no-p*. La epistemología de Carnap o de Popper diría que el mundo empírico debe ser el árbitro entre estas dos afirmaciones teóricas. Pero, como ya vimos, los sociólogos mexicanos y los de Estados Unidos sostienen diferentes posturas con respecto a lo que ha de ser una teoría, a qué ha de parecerse una explicación, cuáles serían las reglas de inferencia y los estándares de evaluación de pruebas que han de ser estipuladas, cuál ha de ser el papel de la evidencia y demás. El mundo empírico sólo podría pronunciarse en la disputa si se pudiera llegar previamente a un acuerdo acerca de estos presupuestos epistemológicos (y hay buenas razones para pensar que en tal situación ningún bando estaría dispuesto a abandonar su epistemología). Además, me parece que mi experimento mental hasta cierto punto no es acertado, pues imagina una situación en la que un sociólogo mexicano afirma *p* y uno de Estados Unidos afirma *no-p*, sin darse cuenta de que eso sólo sería posible si el problema se articulara en términos similares. Sin embargo,

²² A partir de ahí, Feyerabend (1970:228, 1975:214, 285) concluye que la elección de la teoría, más que un asunto racional, es “cuestión de gustos” y “deseos subjetivos”. Más conservador es Kuhn (1977:331), quien rechaza la acusación de “psicología de la multitud” de Lakatos (1970:178), y sugiere que sus criterios funcionan “no como reglas, que determinan la elección, sino como valores, que influyen en ella”.

hemos visto que las sociologías mexicana y estadounidense también difieren en cómo han de articularse los problemas —más que de *p* y *no-p*, probablemente deberíamos hablar de *p* y *q*.

Creo que las sociologías de México y Estados Unidos también son perceptual y semánticamente incommensurables. Por una parte, sospecho que estímulos iguales no generan en los sociólogos de cada país sensaciones iguales —acaso podría preguntarse: “¿Vieron (...) cosas diferentes al *mirar* los mismos tipos de objetos?” (Kuhn, 1970 [1962]:120, cursivas del original). Sin embargo, no tengo los datos, que seguramente tendrían que ser de naturaleza experimental, para fundamentar esta proposición. Por la otra, pienso que mis datos sugieren que los vocabularios de las sociologías mexicana y estadounidense están cargados de teoría, y por ello no logran compartir significados comunes. Términos como “clase social”, “movimiento social”, “hipótesis” y “variable” se parecen a algunos de los ejemplos favoritos de Kuhn: el significado del término “masa” tanto para la mecánica de Newton como para la de Einstein, y el significado de “tierra” en las astronomías de Copérnico y la de Tolomeo. De la misma manera, lo que “decadencia” signifique está en función de cómo la teoría en que se da conceptualiza la relación entre valores y hechos. Por último, como el propio Kuhn (1983) insistía acerca del caso de “fuerza” y “masa”, los vocabularios en Estados Unidos y en México consisten en *conjuntos* de términos, cuyo significado depende de manera crucial en el hecho de ser un conjunto.

En un cuarto sentido, la tesis de la incommensurabilidad se ha interpretado como una insinuación de ininteligibilidad. Con el giro de Kuhn hacia la tesis de la “indeterminación de la traducción” de Quine (1960), la incommensurabilidad se vuelve equivalente a intraducibilidad. De ahí parece seguirse la “incapacidad de los defensores de cosmologías y ontologías rivales de entenderse mutuamente” (Laudan, 1996:9). Los críticos de este argumento no sólo hallaron que la evidencia empírica en su favor era pobre (Toulmin, 1970:43-44), sino también señalaron que el argumento de Kuhn era incoherente y lógicamente contradictorio (*self-defeating*) (Putnam, 1981:114-115). ¿Acaso no es verdad que los historiadores de la ciencia, como el propio Kuhn, tratan de darle sentido a paradigmas anteriores en el lenguaje del paradigma dominante? ¿Acaso no es verdad que Whorf (1956:214), al afirmar que el inglés y el hopi no pueden ser “calibrados”, usa el inglés para comunicar contenidos de ejemplos de enunciados en lengua hopi (Davidson, 1984:184)? De hecho, la traducibilidad incluso puede ser un criterio de lenguajidad (*languagehood*): un enunciado intraducible no sería comportamiento lingüístico, sino un ruido caótico (Davidson, 1984; Putnam, 1981). Niego tajantemente que las sociologías mexicana y estadounidense sean incommensurables si

esto se entiende en el sentido de ser ininteligibles. Por supuesto, mi propio esfuerzo presupone y, si tiene éxito, demuestra que se pueden graficar en un sistema de coordenadas común y verter el lenguaje de una al de la otra. Pero hay que mencionar un importante matiz aquí. Como respondió el propio Kuhn (1983), la incapacidad de traducir no implica la incapacidad de entender. No afirmo que haya podido traducir la sociología mexicana a la estadounidense cumpliendo los estándares que un manual quineano de traducción habría establecido. Más bien, he presupuesto y demostrado que un cierto lenguaje puede ser entendido, interpretado y comunicado de tal manera que se vuelve inteligible para los miembros de otra comunidad lingüística.

Dado su carácter reflexivo, quisiera aprovechar el presente texto para dar un último ejemplo de mi argumento acerca de la incommensurabilidad. Como lo mencioné en la introducción, he seguido los lineamientos de Bloor, en el sentido de no haber supuesto que el abordaje epistemológico en un país sea más fructífero, razonable o con más probabilidades de acercarlo a uno a la verdad que en el otro. Desafortunadamente, en un sentido estricto no hay un modo neutral de proponer afirmaciones de conocimiento acerca de cómo las afirmaciones de conocimiento se proponen. Esto es así porque se puede decir que los supuestos epistemológicos de nuestras afirmaciones, el lenguaje en el que se escriben, performativamente apoyan una cierta manera de practicar la ciencia. No es de sorprender, en vista de sus condiciones de producción, que en el nivel performativo este texto se ponga del lado del abordaje epistemológico de los estadounidenses. Por ejemplo, yo presento una sección de “datos y métodos” y cuatro cuadros (un poco menos del promedio). Hago una reconstrucción de mi propio proceso de investigación para que se ajuste al modelo del libro de texto de la investigación científica, sin mencionar errores, callejones sin salida o reformulaciones.²³ Apunto hacia la realidad objetiva mediante mediciones intersubjetivamente válidas, y no permito que entre ningún juicio de valor en mi argumento. Entonces, la pregunta es: ¿Acaso es posible expresar “Estilos de pensamiento sociológico” tanto en el lenguaje sociológico de los estadounidenses como en el de los mexicanos? ¿Es posible expresarlo en ambos lenguajes “sin residuos ni pérdidas”? No lo creo. Supongamos que dejara entrar juicios de valor en mi argumento, que no explicara con cuidado cuáles eran mis datos y métodos, que no recalcará la validez intersubjetiva de mis mediciones. El resultado apenas se podría decir que fuera una traducción fiel, semánticamente equivalente del presente texto. Como muchas cosas esenciales de hecho se perderían, el resultado de-

²³ Hay aquí, no obstante, una contradicción performativa. Al mencionar que no menciono los errores, callejones sin salida o reformulaciones, de hecho los menciono.

bería verse más bien como otro texto. Sobre todo, la pregunta misma que le he hecho al mundo empírico es —en términos de su contenido, bases conceptuales y, lo más importante, su forma lógica— de la clase que es aceptada y significativa para la comunidad de sociólogos en Estados Unidos. Pero nuestra hipotética versión mexicana de este texto tendría que hacer una pregunta con una forma diferente, e *ipso facto* la correspondencia entre ambos se derrumbaría.

Cómo dar cuenta de la variación epistemológica

No sólo creo que los presupuestos epistemológicos varían de una comunidad a otra, sino que también no tienen una distribución aleatoria. Investigaciones subsecuentes deberían elaborar una teoría acerca de cómo la naturaleza de las epistemologías mexicana y estadounidense se relaciona con el hecho de ser mexicana o estadounidense. Sólo quiero sugerir aquí cuatro líneas de reflexión que podría valer la pena elaborar y en algún momento corroborar empíricamente.

Para que una disciplina académica pueda establecerse, debe aparecer a ojos de los actores y comunidades relevantes como distinta de las disciplinas vecinas y —es lo que me interesa destacar aquí— distinta del conocimiento no profesional, no sancionado y no científico. Es decir, hay que trazar una “frontera” epistemológica (Abbott, 1988; Babb, 2001; Camic, 1995; Camic y Xie, 1994; Cozzens y Gieryn, 1990; Fisher, 1993; Gieryn, 1983, 1995, 1999; Lamont, 1992, 2000b; Lamont y Molnár, 2002). Así, una teoría de la variación epistemológica debe considerar cuáles son los actores que cuentan como relevantes en un contexto particular, así como sus posiciones, disposiciones, visiones e intereses. En este sentido, varios académicos han desvelado el “singular papel que tiene en la sociología estadounidense el financiamiento, y las distintivas afinidades entre la sociología, las fundaciones que la financian y el cientismo en Estados Unidos” (Turner, 1998:70; véase también Bannister, 1987; Fisher, 1993; Geiger, 1993:94-110; McCartney, 1970; Ross, 1991; Silva y Slaughter, 1984; Turner, 1994; Turner y Turner, 1990; pero véase Platt, 1996). Para las fundaciones públicas y privadas y los cuerpos administrativos de las universidades de Estados Unidos, científicidad ha significado “cientismo”,²⁴ cuantificación y neutralización de la subjetividad, y me-

²⁴ En general, con “cientismo” se quiere significar la tesis de que la ciencia de la sociedad debería moldearse según el molde de las ciencias naturales (véase Bannister, 1987; Bryant, 1985; Giddens, 1974; Halfpenny, 1982; Hayek, 1952; Platt, 1996; Ross, 1991; Steinmetz, 2004).

diante estos criterios han distinguido los discursos científicos de los no científicos acerca de la sociedad. En México, las agencias financieras externas han tenido un papel menos significativo, y, de hecho, no ha habido agencias financieras comparables en términos de sus recursos financieros o institucionales. Además, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la casa y fuente institucionales de apoyo de la mayor parte de la investigación y la enseñanza durante toda la historia de la sociología mexicana, ha estado lejos de exigir cientismo a sus científicos sociales. A su vez, esto es una consecuencia de cómo las universidades públicas de América Latina son regidas y administradas, el gran poder formal e informal que profesores y estudiantes tienen en este sistema, la naturaleza de la cultura intelectual predominante en estas instituciones, y el grado en el que los asuntos universitarios son políticos e incluso en que están conectados estrechamente con la política nacional (Brunner, 1985; Clark, 1983:156; Lorey, 1993; Mabry, 1982; Mendoza Rojas, 2001; Ordorika, 2003; Ribeiro, 1967).

La segunda dimensión que propongo aborda un tipo de relación entre la sociología y lo político (véase Fourcade-Gourinchas, 2000, 2001; Jepperson, 1992, 2002; Wagner, 1990, 2001; Wagner, Wittrock y Whitley, 1991; Wittrock y Wagner, 1990, 1996). En Estados Unidos, como el primer *editor* (director) de la revista *Contexts* señaló (Fischer, 2002:iii), hay un gran foso que rodea la torre de marfil (véase también Burawoy, 2005a, 2005b). En general, los sociólogos son científicos orientados hacia las instituciones científicas y se les recompensa principalmente según sus contribuciones a la ciencia pura. En contraste, los sociólogos en México son científicos orientados tanto hacia las instituciones científicas como hacia las políticas, y se les evalúa según sus contribuciones tanto a la ciencia pura como a la vida política. De hecho, la sociología *qua disciplina científica* en gran medida se ha constituido mediante su involucramiento en la política y ha sido definida por éste —específicamente, como una fuerza de izquierda (véase, por ejemplo, Zapata, 1990). Sin embargo, es importante que no ha sido cualquier tipo de contribución a la vida política el que se ha vuelto constitutivo del *métier* de sociólogo. Más que sólo operar cálculos utilitaristas o desarrollar algoritmos que proporcionen los medios más eficaces para alcanzar fines políticos definidos en otro lugar, se ha esperado de los sociólogos que identifiquen, articulen y critiquen los fines mismos (Castañeda, 1990:417-418; Muñoz García, 1994; Sefchovich, 1989; Villa Aguilera, 1979). Es precisamente esta capacidad de iluminar problemas prácticos mediante el “pensamiento social”, de proporcionarle a la opinión pública descripciones teóricamente informadas plasmadas en una terminología apropiada, de fundamentar puntos de vista normativos en la esfera pública, y de poner el conocimiento “al servicio de (...) la justicia y

la razón” lo que los sociólogos han reclamado como uno de los —y se podría decir *el*— componentes esenciales de su saber profesional (Contreras, 2000: 160; Ibarrola, 1994:184; Portes, 1975). Y la mayor parte de los actores con los que interactúa la sociología —el Estado, los medios de comunicación, la opinión pública, la UNAM, los grupos estudiantiles, las disciplinas vecinas— no sólo han aceptado la legitimidad de estos reclamos, sino que han esperado de ella que desempeñe roles tales como ser la “conciencia moral” del Estado (Castañeda, 1990, 1995a:294, 1995b; Girola y Olvera, 1995). Por ello, es obvio que el físico no podría ser un modelo para el sociólogo.

Una tercera y prometedora idea explicativa se basa en la aproximación “socio-epocal o macrosociológica” de Steinmetz (2005c:36), la cual se enfoca en “el impacto de procesos estructurales sociales de gran escala y de discursos culturales sobre el sentido de los sociólogos de la plausibilidad de diferentes maneras de pensar acerca de lo social” (Steinmetz, 2005d:278; véase también Steinmetz, 2005a, 2005b). Independientemente de factores como los intereses de los sociólogos en trazar fronteras particulares, o los intereses de las fundaciones en promover tipos particulares de investigación, en cualquier contexto social dado algunas epistemologías y ontologías aparecerán a la gente como más *plausibles* que otras. En los trabajos citados de Steinmetz, el autor dirige su atención al caso del “positivismo metodológico” de la sociología estadounidense, el cual resulta estar causalmente conectado al modo fordista de regulación social. Pero uno puede apoyarse en esta aproximación para pensar acerca de las conexiones causales entre modos *tercermundistas* de regulación social y los fundamentos epistemológicos del conocimiento sociológico producido en estas regiones (una línea de razonamiento que sugiere y anima a seguir el propio Steinmetz). Si uno mira a los elementos específicamente fordistas que apuntalaron al positivismo en Estados Unidos —por ejemplo, estabilidad económica, “seguridad”, una cultura “postideológica”, regularidad y predictibilidad sociales, centralidad geopolítica— queda claro que en México la mayor parte de estas condiciones no estuvieron presentes (o, muy por lo menos, no lo estuvieron al mismo grado). A la postre, sin embargo, sólo la investigación empírica sistemática puede determinar si estos y otros factores socio-epocales han tenido un impacto en la cosmovisión epistemológica de la sociología mexicana y cómo ha sido.

Por último aunque no menos importante, nuestra teoría no debería olvidar que los dos casos considerados no son independientes. El que la sociología mexicana se haya opuesto al cientismo es hasta cierto punto una consecuencia de lo que Reyna (1979:67) llama la “latinoamericanización” de la sociología mexicana: “una especie de ‘reacción’ en contra de los métodos y abordajes que vinieron, principalmente, de Estados Unidos” (véase también Hiller,

1979). De hecho, la sociología mexicana ha tomado explícitamente su inspiración de las tradiciones europeas (antes que nada de la sociología francesa) que otorgan gran prestigio a los intelectuales públicos y ven las “visiones de ningún lugar” con suspicacia (Lamont, 2000a; Lemert, 1981; Loyo, Guadarrama y Weissberg, 1990:37; Villa Aguilera, 1979).²⁵

En suma, el argumento general que propongo es que se puede dar cuenta de las posturas epistemológicas mediante las condiciones sociales de producción de los discursos en los que ellas subyacen. Por supuesto, esto es una reformulación de la pregunta central de la sociología del conocimiento, desde Mannheim (1952, 1966 [1929]) a la escuela de Edimburgo (Barnes, 1974; Bloor, 1991 [1976]); desde Berger y Luckmann (1966) a Bourdieu (1988 [1984]). Una primera generación de sociólogos de la ciencia argumentaron que los “factores” sociales pueden influir en los focos de atención y los ritmos de avance (véase, por ejemplo, Cole, 1992), pero que no afectan el “contenido” cognitivo de la ciencia. Una segunda generación, los sociólogos del conocimiento científico, violó el santuario que ni Mannheim (1952, 1966 [1929]) ni Merton (1973) se atrevieron a violar.²⁶ Se dijo entonces que la “colección articulada de verdades” de la ciencia (Hacking, 1999:66) estaba “socialmente construida”. La ironía radica, como observan Pinch y Pinch (1988:186), en que la “sociología, la ‘más blanda’ de todas las disciplinas científicas, tenga que hacer afirmaciones que puedan dar cuenta de la física —la Reina de las Ciencias”.

Pienso que ya es urgente que los sociólogos prolonguen esta ironía aún más, y traten también de dar cuenta empírica y sociológicamente de los su-

²⁵ Esta descripción mía es aplicable, burdamente, de los años sesenta a los noventa. La sociología mexicana no alcanzó un grado considerable de institucionalización sino hasta los años sesenta (Girola, 1996; Valenti, 1990). Cuando aún estaba en su etapa de formación, la tradición predominante era una versión más o menos idiosincrásica del positivismo (Andrade Carreño, 1998; Garza Toledo, 1989; Sefchovich, 1989). Durante los años recientes, México ha experimentado profundos cambios políticos y sociales, que han tenido su impacto tanto en el sistema de educación superior, como en la legitimidad social de las distintas clases de trabajo de construcción de fronteras. Por ejemplo, la influencia del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) se ha vuelto cada vez más importante, gracias a su programa de incentivos económicos para los investigadores y su registro de revistas académicas y programas “de excelencia” de posgrado. Aún más importante —y pese a las protestas de los sociólogos— el Conacyt explícitamente iguala científicidad con cientismo (véase, por ejemplo, Béjar Navarro y Hernández Bringas, 1996:123-131; Perló Cohen, 1994). Si bien este tipo de políticas se comenzaron a implementar en los años ochenta y noventa, las perspectivas epistemológicas son rasgos estructuralmente incorporados que pueden verse afectados sólo a largo plazo.

²⁶ Algunos de ellos incluso han cuestionado las distinciones entre “factores” sociales y cognitivos, contenido y contexto y explicaciones “internalistas” y “externalistas” de la ciencia (Callon, 1981; Latour, 1999).

puestos fundamentos últimos sobre los que el edificio del conocimiento de la ciencia se levanta. De hecho, aun cuando en gran medida los sociólogos no han adoptado este abordaje, recientemente ha habido algunos indicios y esfuerzos en esta dirección: la petición de Kurzman (1994) de una “epistemología empírica”; la de una “epistemología histórica” y “deliberadamente oximorónica” de Somers (1996, 1998); la de “culturas epistémicas” de Knorr-Cetina (1999); la *Historia social de la verdad* de Shapin (1994); el trabajo sobre el positivismo de la sociología estadounidense de Steinmetz (2005a, 2005b, 2005c, 2005d); los “códigos epistemológicos” de Mallard, Lamont y Guetzkow (2002); y la conceptualización de la epistemología como una variable dependiente de Fuchs (1992, 1993, 2001). Una sociología empírica de las epistemologías se propondría mostrar que las creencias acerca de cuál es el mejor camino a la verdad han variado con el tiempo y lugar tanto como las creencias acerca de la moral y la belleza. También sostendría que las variaciones en las creencias epistemológicas deben explicarse sociológicamente. Por último, tendría interés en saber cómo la relación entre las discrepancias epistemológicas y la incommensurabilidad puede apuntalar el reto por parte de la sociología a la concepción tradicional de la ciencia. Así, una sociología empírica de las epistemologías podría constituir un paso hacia adelante en la agenda de la sociología del conocimiento, pues haría avanzar nuestra comprensión de los condicionamientos sociales del conocimiento científico.

Traducción del inglés de
Germán Franco Toriz

Revisada por el autor

Recibido: febrero, 2007
Revisado: mayo, 2007

Correspondencia: Department of Sociology/Northwestern University/1810 Chicago Ave./Evanston, IL 60208/correo electrónico: g-abend@northwestern.edu

Bibliografía

- Abbott, Andrew D. (2001), *Time Matters: On Theory and Method*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.
- (1992), “What Do Cases Do?”, en Charles C. Ragin y Howard S. Becker (eds.), *What Is a Case? Exploring the Foundations of Social Inquiry*, Cambridge (Reino Unido)/Nueva York, Cambridge University Press, pp. 53-82.

- (1988), *The System of Professions: An Essay on the Division of Expert Labor*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.
- Agger, Ben (2000), *Public Sociology: From Social Facts to Literary Acts*, Lanham (Maryland), Rowman & Littlefield Publishers.
- Allen, Michael Patrick (2003), “The ‘Core Influence’ of Journals in Sociology Revisited”, *Footnotes*, vol. 31, núm. 9, pp. 7, 10.
- (1990), “The ‘Quality’ of Journals in Sociology Reconsidered: Objective Measurers of Journal Influence”, *Footnotes*, vol. 18, núm. 9, pp. 4-5.
- Andrade Carreño, Alfredo (1998), *La sociología en México. Temas, campos científicos y tradición disciplinaria*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- (1995), “Comunidades académicas en sociología: su integración a través de las revistas especializadas”, en Juan Felipe Leal y Fernández *et al.*, *La Sociología contemporánea en México. Perspectivas disciplinarias y nuevos desafíos*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 195-220.
- Arciniega, Rosa (1996), “Relaciones industriales y sindicalismo en Perú”, *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, núm. 2, pp. 331-352.
- Ashmore, Malcolm (1989), *The Reflexive Thesis: Wrighting Sociology of Scientific Knowledge*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.
- Astorga, Luis (1997), “Los corridos de traficantes de drogas en México y Colombia”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LIX, núm. 4, pp. 245-261.
- Ayer, A. J. (1952), *Language, Truth, and Logic*, Nueva York, Dover Publications.
- Babb, Sarah L. (2001), *Managing Mexico: Economists from Nationalism to Neoliberalism*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Bannister, Robert C. (1987), *Sociology and Scientism: The American Quest for Objectivity, 1880-1940*, Chapel Hill (North Carolina), University of North Carolina Press.
- Barbieri, Teresita de (2000), “Derechos reproductivos y sexuales. Encrucijada en tiempos distintos”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LXII, núm. 1, pp. 45-59.
- Barnes, Barry (1974), *Scientific Knowledge and Sociological Theory*, Londres (Reino Unido)/Boston (Massachusetts), Routledge & K. Paul.
- Barrera, Manuel (1998), “Las reformas económicas neoliberales y la representación de los sectores populares en Chile”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LX, núm. 3, pp. 3-20.
- Barrios Suvelza, Franz Xavier (2000), “El discurso neoliberal boliviano y la crisis de sus científicos sociales”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LXII, núm. 1, pp. 175-208.
- Bazerman, Charles (1988), *Shaping Written Knowledge: The Genre and Activity of the Experimental Article in Science*, Madison (Wisconsin), University of Wisconsin Press.
- Becker, Howard S. (1986), *Writing for Social Scientists: How to Start and Finish your Thesis, Book, or Article*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.

- Béjar Navarro, Raúl y Héctor H. Hernández Bringas (1996), *La investigación en ciencias sociales y humanidades en México*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-Universidad Nacional Autónoma de México/ Miguel Ángel Porrúa.
- Benítez Zenteno, Raúl (1987), *Las ciencias sociales en México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México/Consejo Mexicano de Ciencias Sociales/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- Berger, Peter L. y Thomas Luckmann (1966), *The Social Construction of Reality: A Treatise in the Sociology of Knowledge*, Garden City (Nueva York), Doubleday.
- Bernstein, Mary (1997), “Celebration and Suppression: The Strategic Uses of Identity by the Lesbian and Gay Movement”, *American Journal of Sociology*, vol. 103, pp. 531-565.
- Biggart, Nicole Woolsey y Mauro F. Guillén (1999), “Developing Difference: Social Organization and the Rise of the Auto Industries of South Korea, Taiwan, Spain, and Argentina”, *American Sociological Review*, vol. 64, pp. 722-747.
- Bird, Alexander (2000), *Thomas Kuhn*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Blalock, Hubert M. (1984), *Basic Dilemmas in the Social Sciences*, Beverly Hills (California), Sage Publications.
- (1969), *Theory Construction: From Verbal to Mathematical Formulations*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice-Hall.
- Bloor, David (1991) [1976], *Knowledge and Social Imagery*, 2a ed., Chicago (Illinois), University of Chicago Press. [Bloor, David, *Conocimiento e imaginario social*, trad. de Emmánuel Lizcano y Rubén Blanco, Barcelona, Gedisa, 1991.]
- Booth, Wayne C. (1961), *The Rhetoric of Fiction*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press. [Booth, Wayne C., *La retórica de la ficción*, versión española de Santiago Gubern Garriga-Nogués, Barcelona, Bosch, 1974.]
- Botero Villegas, Luis Fernando (1998), “Lázaro Condo, muerto y resucitado. Reflexiones sobre la relación entre simbolismo y política”, *Estudios Sociológicos*, vol. XVI, núm. 2, pp. 393-428.
- Bourdieu, Pierre (1988) [1984], *Homo Academicus*, Stanford (California), Stanford University Press.
- Brachet-Márquez, Viviane (1997), “Mexican Sociology: Contradictory Influences”, *Contemporary Sociology*, vol. 26, pp. 292-296.
- Breault, Kevin D. (1989a), “New Evidence on Religious Pluralism, Urbanism, and Religious Participation”, *American Sociological Review*, vol. 54, pp. 1048-1053.
- (1989b), “A Reexamination of the Relationship between Religious Diversity and Religious Adherents”, *American Sociological Review*, vol. 54, pp. 1056-1059.
- Brunner, José J. (1985), *Universidad y sociedad en América Latina: un esquema de interpretación*, Caracas (Venezuela), CRESALC-UNESCO.
- Bryant, Christopher G. A. (1985), *Positivism in Social Theory and Research*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Burawoy, Michael (2005a), “For Public Sociology”, *American Sociological Review*, vol. 70, pp. 4-28.

- (2005b), “Provincializing the Social Sciences”, en George Steinmetz (ed.), *The Politics of Method in the Human Sciences. Positivism and its Epistemological Others*, Durham (North Carolina)/Londres, Duke University Press, pp. 508-525.
- Calhoun, Craig (1996), “The Rise and Domestication of Historical Sociology”, en Terrence J. McDonald (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor (Michigan), University of Michigan Press, pp. 305-337.
- Callon, Michel (1981), “Struggles and Negotiations to Define What Is Problematic and What Is Not: The Sociology of Translation”, en K. Knorr, R. Krohn y R. Whitley (ed.), *The Social Process of Scientific Investigation*, Dordrecht (Holanda), D. Reidel, pp. 197-219.
- Camic, Charles (1995), “Three Departments in Search of a Discipline: Localism and Interdisciplinary Interaction in American Sociology, 1890-1940”, *Social Research*, vol. 62, pp. 1003-1033.
- Camic, Charles y Yu Xie (1994), “The Statistical Turn in American Social Science: Columbia University, 1890 to 1915”, *American Sociological Review*, vol. 59, pp. 773-805.
- Cartwright, Nancy (1983), *How the Laws of Physics Lie*, Oxford (Reino Unido), Clarendon Press; Nueva York, Oxford University Press.
- Castañeda, Fernando (1995a), “Ideología y sociología en México”, en *Estudios de teoría e historia de la sociología en México*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, pp. 287-301.
- (1995b), “La sociología mexicana: la constitución de su discurso”, en Juan Felipe Leal y Fernández *et al.* (eds.), *La sociología contemporánea en México. Perspectivas disciplinarias y nuevos desafíos*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 13-32.
- (1990), “La constitución de la sociología en México”, en Francisco Paoli Bolio (ed.), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, pp. 397-430.
- Centeno, Miguel Angel (1997), “Blood and Debt: War and Taxation in Nineteenth-Century Latin America”, *American Journal of Sociology*, vol. 102, pp. 1565-1605.
- Chang, Ruth (ed.) (1997), *Incommensurability, Incomparability, and Practical Reason*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Ciaffa, Jay A. (1998), *Max Weber and the Problems of Value-Free Social Science: A Critical Examination of the Werturteilsstreit*, Lewisburg (Nueva Jersey), Bucknell University Press.
- Clark, Burton R. (1983), *The Higher Education System: Academic Organization in Cross-National Perspective*, Berkeley (California), University of California Press.
- Clark, Samuel (1998), “International Competition and the Treatment of Minorities: Seventeenth-Century Cases and General Propositions”, *American Journal of Sociology*, vol. 103, pp. 1267-1308.

- Clemens, Elisabeth S., Walter W. Powell, Kris McIlwaine y Dina Okamoto (1995), “Careers in Print: Books, Journals, and Scholarly Reputations”, *American Journal of Sociology*, vol. 101, pp. 433-494.
- Clifford, James (1983), “On Ethnographic Authority”, *Representations*, núm. 2, pp. 118-146.
- Cole, Stephen (1992), *Making Science: Between Nature and Society*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Collins, H. M. (1985), *Changing Order: Replication and Induction in Scientific Practice*, Londres (Reino Unido)/Beverly Hills (California), Sage Publications.
- Collins, Randall (1997), “An Asian Route to Capitalism: Religious Economy and the Origins of Self-Transforming Growth in Japan”, *American Sociological Review*, vol. 62, pp. 843-865.
- Contreras, Óscar F. (2000), “Tres compromisos para las ciencias sociales”, en Humberto Muñoz García (ed.), *La investigación humanística y social en la UNAM. Organización, cambios y políticas académicas*, México, Coordinación de Humanidades-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, pp. 151-174.
- Cooney, Mark (1997), “From Warre to Tyranny: Lethal Conflict and the State”, *American Sociological Review*, vol. 62, pp. 316-338.
- Cozzens, Susan E. y Thomas F. Gieryn (eds.) (1990), *Theories of Science in Society*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press.
- Cress, Daniel M. y David A. Snow (2000), “The Outcomes of Homeless Mobilization: The Influence of Organization, Disruption, Political Mediation, and Framing”, *American Journal of Sociology*, vol. 105, pp. 1063-1104.
- Cruz, María Soledad y Roberto Gutiérrez L. (2001), “Quince años de Sociológica. Trabajo editorial y quehacer sociológico en la UAM-Azcapotzalco”, *Sociológica*, vol. 16, pp. 111-139.
- D'Agostino, Fred (2003), *Incommensurability and Commensuration: The Common Denominator*, Aldershot, Hampshire (Reino Unido)/Burlington (Vermont), Ashgate.
- Daston, Lorraine (1992), “Objectivity and the Escape from Perspective”, *Social Studies of Science*, vol. 22, pp. 597-618.
- Daston, Lorraine y Peter Galison (1992), “The Image of Objectivity”, *Representations*, núm. 40, pp. 81-128.
- Davidson, Donald (1984), “On the Very Idea of a Conceptual Scheme”, en *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford, Clarendon Press/Nueva York, Oxford University Press, pp. 183-198.
- Davis, D. E. (1992), “The Sociology of Mexico: Stalking the Path not Taken”, *Annual Review of Sociology*, vol. 18, pp. 395-417.
- Diani, Mario (1996), “Linking Mobilization Frames and Political Opportunities: Insights from Regional Populism in Italy”, *American Sociological Review*, vol. 61, pp. 1053-1069.
- Dilla Alfonso, Haroldo y Philip Oxhorn (1999), “Cuba: virtudes e infortunios de la sociedad civil”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LXI, núm. 4, pp. 129-148.

- Duhem, Pierre M. M. (1991) [1906], *The Aim and Structure of Physical Theory*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Duneier, Mitchell y Harvey Molotch (1999), “Talking City Trouble: Interactional Vandalism, Social Inequality, and the ‘Urban Interaction Problem’”, *American Journal of Sociology*, vol. 104, pp. 1263-1295.
- Edin, Kathryn y Laura Lein (1997), “Work, Welfare, and Single Mothers’ Economic Survival Strategies”, *American Sociological Review*, vol. 62, pp. 253-266.
- Ellingson, Stephen (1995), “Understanding the Dialectic of Discourse and Collective Action: Public Debate and Rioting in Antebellum Cincinnati”, *American Journal of Sociology*, vol. 101, pp. 100-144.
- Erikson, Kai (1990), “On Sociological Prose”, en Albert Hunter (ed.), *The Rhetoric of Social Research: Understood and Believed*, New Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press, pp. 23-34.
- Ferree, Myra M. y Elaine J. Hall (2000), “Reply: Gender Stratification and Paradigm Change”, *American Sociological Review*, vol. 65, pp. 475-481.
- (1996), “Rethinking Stratification from a Feminist Perspective: Gender, Race, and Class in Mainstream Textbooks”, *American Sociological Review*, vol. 61, pp. 929-950.
- Feyerabend, Paul K. (1981) [1962], *Realism, Rationalism, and Scientific Method*, Cambridge (Reino Unido)/Nueva York, Cambridge University Press.
- (1975), *Against Method: Outline of an Anarchistic Theory of Knowledge*, Londres (Reino Unido), NLB; Atlantic Highlands (Nueva Jersey), Humanities Press.
- (1970), “Consolations for the Specialist”, en Imre Lakatos y Alan Musgrave (ed.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 197-230.
- Fine, Arthur (1998), “The Viewpoint of No-One in Particular”, *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*, vol. 72, núm. 2, pp. 9-20.
- Finke, Roger y Rodney Stark (1989), “Evaluating the Evidence: Religious Economies and Sacred Canopies”, *American Sociological Review*, vol. 54, pp. 1054-1056.
- (1988), “Religious Mobilization in American Cities, 1906”, *American Sociological Review*, vol. 53, pp. 41-49.
- Fischer, Claude (2002), “From the Editor”, *Contexts*, vol. 1, núm. 1, p. iii.
- Fisher, Donald (1993), *Fundamental Development of the Social Sciences: Rockefeller Philanthropy and the United States Social Science Research Council*, Ann Arbor (Michigan), University of Michigan Press.
- Fleck, Ludwik (1979) [1935], *Genesis and Development of a Scientific Fact*, edición de Thaddeus J. Trenn y Robert K. Merton, trad. de Fred Bradley y Thaddeus J. Trenn, Chicago (Illinois), University of Chicago Press. [Fleck, Ludwik, *La génesis y el desarrollo de un hecho científico. Introducción a la teoría del estilo de pensamiento y del colectivo de pensamiento*, pról. de Lotha Schäfer y Thomas Schnelle, versión española de Luis Meana, revisión de Ángel González de Pablo, Madrid, Alianza Editorial, 1986.]
- Foucault, Michel (1984), “What Is an Author?”, en Paul Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, Nueva York, Pantheon Books, pp. 101-120.

- Fourcade-Gourinchas, Marion Cécile (2001), "Politics, Institutional Structures, and the Rise of Economics: A Comparative Study", *Theory and Society*, vol. 30, pp. 397-447.
- (2000), *The National Trajectories of Economic Knowledge: Discipline and Profession in the United States, Great Britain and France*, Harvard University, tesis de doctorado.
- Fuchs, Stephan (2001), *Against Essentialism: A Theory of Culture and Society*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- (1993), "Positivism Is the Organizational Myth of Science", *Perspectives on Science*, vol. 1, pp. 1-23.
- (1992), *The Professional Quest for Truth: A Social Theory of Science and Knowledge*, Albany (Nueva York), State University of New York Press.
- Ganz, Marshall (2000), "Resources and Resourcefulness: Strategic Capacity in the Unionization of California Agriculture, 1959-1966", *American Journal of Sociology*, vol. 105, pp. 1003-1062.
- Garza Toledo, Enrique de la (1989), "Historia de la epistemología, la metodología y las técnicas de investigación en la sociología mexicana", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LI, núm. 1, pp. 103-133.
- Geertz, Clifford (1973), *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books.
- Geiger, Roger L. (1993), *Research and Relevant Knowledge: American Research Universities since World War II*, Nueva York, Oxford University Press.
- Giddens, Anthony (ed.) (1974), *Positivism and Sociology*, Londres, Heinemann.
- Gieryn, Thomas F. (1999), *Cultural Boundaries of Science: Credibility on the Line*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.
- (1995), "Boundaries of Science", en Sheila Jasanoff *et al.* (ed.), *Handbook of Science and Technology Studies*, Thousand Oaks (California), Sage, pp. 393-443.
- (1983), "Boundary-Work and the Demarcation of Science from Non-Science: Strains and Interests in Professional Ideologies of Scientists", *American Sociological Review*, vol. 48, pp. 781-795.
- Gilbert, G. Nigel (1977), "Referencing as Persuasion", *Social Studies of Science*, vol. 7, pp. 113-122.
- (1976), "The Transformation of Research Findings into Scientific Knowledge", *Social Studies of Science*, vol. 6, pp. 281-306.
- Gilbert, G. Nigel y Michael J. Mulkay (1984), *Opening Pandora's Box: A Sociological Analysis of Scientists' Discourse*, Cambridge (Reino Unido)/Nueva York, Cambridge University Press.
- (1981), "Contexts of Scientific Discourse: Social Accounting in Experimental Papers", en K. Knorr, R. Krohn y R. Whitley (eds.), *The Social Process of Scientific Investigation*, Dordrecht (Holanda), D. Reidel, pp. 269-294.
- Girola, Lidia (1996), "Tradiciones interrumpidas y comunidades disciplinarias en la sociología mexicana", *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, núm. 1, pp. 139-164.
- Girola, Lidia y Margarita Olvera (1995), "Comunidad disciplinaria: etapas de desarrollo y cambios en la sociología mexicana de los años setenta y ochenta", en Juan

- Felipe Leal y Fernández *et al.* (ed.), *La sociología contemporánea en México. Perspectivas disciplinarias y nuevos desafíos*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 175-193.
- (1994), “Cambios temático-conceptuales en la sociología mexicana de los últimos veinte años”, *Sociológica*, vol. 9, pp. 91-121.
- Girola, Lidia y Gina Zabludovsky (1991), “La teoría sociológica en México en la década de los ochenta”, *Sociológica*, vol. 6, pp. 11-63.
- Goffman, Erving (1959), *The Presentation of Self in Everyday Life*, Garden City (Nueva York), Doubleday. [Goffman, Erving, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, trad. de H. B. Torres y F. Setaro, Buenos Aires, Amorrortu, 1971.]
- Goldstone, Jack A. y Bert Useem (1999), “Prison Riots as Microrevolutions: An Extension of State-Centered Theories of Revolution”, *American Journal of Sociology*, vol. 104, pp. 985-1029.
- González, Fernando (1999), “Iglesia católica mexicana: desacralización y resacralización, 1996-1999”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LXI, núm. 1, pp. 67-91.
- Goodman, Nelson (1978), *Ways of Worldmaking*, Indianapolis (Indiana), Hackett Pub. Co. [Goodman, Nelson, *Maneras de hacer mundos*, trad. de Carlos Thiebaut, Madrid, Visor, 1993.]
- Gorski, Philip S. (2004), “The Poverty of Deductivism: A Constructive Realist Model of Sociological Explanation”, *Sociological Methodology*, vol. 34, pp. 1-33.
- Greatbatch, David y Robert Dingwall (1997), “Argumentative Talk in Divorce Mediation Sessions”, *American Sociological Review*, vol. 62, pp. 151-170.
- Gross, Alan G. (1990), *The Rhetoric of Science*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Guseva, Alya y Akos Rona-Tas (2001), “Uncertainty, Risk, and Trust: Russian and American Credit Card Markets Compared”, *American Sociological Review*, vol. 66, pp. 623-646.
- Gusfield, Joseph (1981), *The Culture of Public Problems: Drinking-Driving and the Symbolic Order*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.
- (1976), “The Literary Rhetoric of Science: Comedy and Pathos in Drinking Driver Research”, *American Sociological Review*, vol. 41, pp. 16-34.
- Hacking, Ian (1999), *The Social Construction of What?*, Cambridge (Massachusetts)/Londres (Reino Unido), Harvard University Press. [Hacking, Ian, *¿La construcción social de qué?*, trad. de Jesús Sánchez Navarro, Barcelona, Paidós, 2001 (Biblioteca del presente, 14).]
- (1993), “Working in a New World: The Taxonomic Solution”, en Paul Horwich (ed.), *World Changes: Thomas Kuhn and the Nature of Science*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press, pp. 275-310.
- Hagan, Jacqueline Maria (1998), “Social Networks, Gender, and Immigrant Incorporation: Resources and Constraints”, *American Sociological Review*, vol. 63, pp. 55-67.
- Halfpenny, Peter (1982), *Positivism and Sociology: Explaining Social Life*, Londres (Reino Unido)/Boston (Massachusetts), Allen & Unwin.

- Hamilton, Richard F. y Lowell L. Hargens (1993), "The Politics of the Professors: Self-Identifications: 1969-1984", *Social Forces*, vol. 71, pp. 603-628.
- Hanson, Norwood R. (1958), *Patterns of Discovery: An Inquiry into the Conceptual Foundations of Science*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Harding, Sandra G. (1998), *Is Science Multicultural? Postcolonialisms, Feminisms, and Epistemologies*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press.
- (1991), *Whose Science? Whose Knowledge? Thinking from Women's Lives*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press.
- (1986), *The Science Question in Feminism*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press.
- (ed.) (1976), *Can Theories Be Refuted? Essays on the Duhem-Quine Thesis*, Dordrecht (Holanda)/Boston (Massachusetts), D. Reidel.
- Harnad, Stevan (1998), "The Invisible Hand of Peer Review", *Nature* [Online], 5 nov. 1998.
- Hayek, Friedrich A. von (1952), *The Counter-Revolution of Science: Studies on the Abuse of Reason*, Glencoe (Illinois), Free Press.
- Héau Lambert, Catalina y Gilberto Giménez (1997), "El cancionero insurgente del movimiento zapatista en Chiapas: ensayo de análisis sociocrítico", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LIX, núm. 4, pp. 221-244.
- Hempel, Carl G. (1965) [1942], "The Function of General Laws in History", en Carl G. Hempel, *Aspects of Scientific Explanation, and Other Essays in the Philosophy of Science*, Nueva York, Free Press, pp. 231-243.
- (1965), "Aspects of Scientific Explanation", en Carl G. Hempel, *Aspects of Scientific Explanation, and Other Essays in the Philosophy of Science*, Nueva York, Free Press, pp. 331-496.
- Hempel, Carl G. y Paul Oppenheim (1965) [1948], "Studies in the Logic of Explanation", en Carl G. Hempel, *Aspects of Scientific Explanation, and Other Essays in the Philosophy of Science*, Nueva York, Free Press, pp. 245-295.
- Hiller, Harry H. (1979), "Universality of Science and the Question of National Sociologies", *American Sociologist*, vol. 14, pp. 124-135.
- Homans, George C. (1974) [1961], *Social Behavior: Its Elementary Forms*, Nueva York, Harcourt, Brace, Jovanovich.
- (1967), *The Nature of Social Science*, Nueva York, Harcourt, Brace & World.
- (1964), "Contemporary Theory in Sociology", en Robert E. L. Faris (ed.), *Handbook of Modern Sociology*, Chicago (Illinois), Rand McNally, pp. 951-977.
- Hoyningen-Huene, Paul (1993), *Reconstructing Scientific Revolutions: Thomas S. Kuhn's Philosophy of Science*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.
- Hoyningen-Huene, Paul y Howard Sankey (2001), *Incommensurability and Related Matters*, Dordrecht (Holanda)/Boston (Massachusetts), Kluwer Academic Publishers.
- Hume, David (1978) [1739-1740], *A Treatise of Human Nature*, edición de Peter H. Nidditch, Oxford (Reino Unido), Clarendon Press; Nueva York, Oxford University Press.

- Ibáñez Rojo, Enrique (1998), "Las razones del sindicalismo revolucionario boliviano", *Estudios Sociológicos*, vol. XVI, núm. 2, pp. 359-391.
- Ibarrola, María de (1994), "Evaluación de la investigación en ciencias sociales, las preguntas clave", en Manuel Perló Cohen (coord.), *Las ciencias sociales en México: análisis y perspectivas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales/Consejo Mexicano de Ciencias Sociales/Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, pp. 171-190.
- Jepperson, Ronald Lee (2002), "Political Modernities: Disentangling Two Underlying Dimensions of Institutional Differentiation", *Sociological Theory*, vol. 20, pp. 61-85.
- (1992), *National Scripts: The Varying Construction of Individualism and Opinion across the Modern Nation-States*, Yale University, tesis de doctorado.
- Kitcher, Philip (1983), "Implications of Incommensurability", en Peter D. Asquith y Thomas Nickles (eds.), *PSA 1982*, vol. 2, East Lansing (Michigan), Philosophy of Science Association, pp. 689-703.
- Knorr-Cetina, K. (1999), *Epistemic Cultures: How the Sciences Make Knowledge*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- (1981), *The Manufacture of Knowledge: An Essay on the Constructivist and Contextual Nature of Science*, Oxford (Reino Unido)/Nueva York, Pergamon Press.
- Koopmans, Ruud y Paul Statham (1999), "Challenging the Liberal Nation-State? Postnationalism, Multiculturalism, and the Collective Claims Making of Migrants and Ethnic Minorities in Britain and Germany", *American Journal of Sociology*, vol. 105, núm. 3, pp. 652-696.
- Kuhn, Thomas S. (1983), "Commensurability, Comparability, Communicability" en Peter D. Asquith and Thomas Nickles (eds.), *PSA 1982*, vol. 2, East Lansing (Michigan), Philosophy of Science Association, pp. 669-688.
- (1977), *The Essential Tension: Selected Studies in Scientific Tradition and Change*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.
- (1970) [1962], *The Structure of Scientific Revolutions*, 2a ed., Chicago (Illinois), University of Chicago Press. [Kuhn, Thomas S., *La estructura de las revoluciones científicas*, trad. de Agustín Contin, México, FCE, 1971 (Breviarios, 213).]
- Kurzman, Charles (1994), "Epistemology and the Sociology of Knowledge", *Philosophy of the Social Sciences*, vol. 24, pp. 267-290.
- Ladd, Everett C. y Seymour Martin Lipset (1975), *The Divided Academy: Professors and Politics*, Nueva York, McGraw-Hill.
- Lakatos, Imre (1970), "Falsification and The Methodology of Scientific Research Programmes", en Imre Lakatos y Alan Musgrave (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, pp. 91-195.
- Lamont, Michèle (2000a), "Comparing French and American Sociology", *Tocqueville Review*, vol. 21, pp. 109-122.
- (2000b), *The Dignity of Working Men: Morality and the Boundaries of Race, Class, and Immigration*, Nueva York, Russell Sage Foundation; Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.

- (1992), *Money, Morals, and Manners: The Culture of the French and American Upper-Middle Class*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.
- Lamont, Michèle y Virág Molnár (2002), “The Study of Boundaries in the Social Sciences”, *Annual Review of Sociology*, vol. 28, pp. 167-195.
- Latour, Bruno (1999), *Pandora's Hope: Essays on the Reality of Science Studies*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- (1987), *Science in Action: How to Follow Scientists and Engineers through Society*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press. [Latour, Bruno, *Ciencia en acción. Cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*, trad. de Eduardo Aibar, Roberto Méndez y Estela Ponisio, Barcelona, Labor, 1992.]
- (1981), “Is It Possible to Reconstruct the Research Process? Sociology of a Brain Peptide”, en K. Knorr, R. Krohn, And R. Whitley (eds.), *The Social Process of Scientific Investigation*, Dordrecht (Holanda), D. Reidel, pp. 53-73.
- Latour, Bruno y Steve Woolgar (1979), *Laboratory Life: The Social Construction of Scientific Facts*, Beverly Hills (California), Sage Publications.
- Laudan, Larry (1996), *Beyond Positivism and Relativism: Theory, Method, and Evidence*, Boulder (Colorado), Westview Press.
- Lavin, Danielle y Douglas W. Maynard (2001), “Standardization vs. Rapport: Respondent Laughter and Interviewer Reaction During Telephone Surveys”, *American Sociological Review*, vol. 66, pp. 453-479.
- Leal y Fernández, Juan Felipe, Alfredo Andrade Carreño, Adriana Murguía Lores y Amelia Coria Farfán (eds.) (1995), *La sociología contemporánea en México. Perspectivas disciplinarias y nuevos desafíos*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lemert, Charles C. (1981), *French Sociology: Rupture and Renewal since 1968*, Nueva York, Columbia University Press.
- Lieberson, Stanley, Susan Dumais y Shyon Baumann (2000), “The Instability of Androgynous Names: The Symbolic Maintenance of Gender Boundaries”, *American Journal of Sociology*, vol. 105, pp. 1249-1287.
- Lloyd, Elisabeth A. (1995), “Objectivity and the Double Standard for Feminist Epistemologies”, *Synthese*, vol. 104, pp. 351-381.
- Lorey, David E. (1993), *The University System and Economic Development in Mexico since 1929*, Stanford (California), Stanford University Press.
- Loveman, Mara (1998), “High-Risk Collective Action: Defending Human Rights in Chile, Uruguay, and Argentina”, *American Journal of Sociology*, vol. 104, pp. 477-525.
- Loyo, Aurora, Gustavo Guadarrama y Katia Weissberg (1990), “El Instituto de Investigaciones Sociales y la sociología mexicana (1930-1990)”, en *La sociología mexicana desde la Universidad*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 1-108.
- Lucy, John A. (1997), “Linguistic Relativity”, *Annual Review of Anthropology*, vol. 26, pp. 291-312.
- Lynch, Michael y Steve Woolgar (1990), *Representation in Scientific Practice*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.

- Mabry, Donald J. (1982), *The Mexican University and the State: Student Conflicts, 1910-1971*, College Station (Texas), Texas A&M University Press.
- Mallard, Grégoire, Michèle Lamont y Joshua Guetzkow (2002), “The Pragmatics of Evaluation: Beyond Disciplinary Wars in the Assessment of Fellowship Proposals in the Social Sciences and the Humanities”, ponencia presentada en la reunión anual de la ASA, Chicago (Illinois), agosto de 2002.
- Mannheim, Karl (1966) [1929], *Ideology and Utopia: An Introduction to the Sociology of Knowledge*, trad. de Louis Wirth y Edward Shils, Nueva York, Harcourt, Brace and World. [Mannheim, Karl, *Ideología y Utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, est. prelim. de Louis Wirth, versión española de Salvador Echavarría, México, FCE, 1980.]
- (1952), *Essays on the Sociology of Knowledge*, edición de Paul Kecskemeti, Londres (Reino Unido), Routledge & K. Paul.
- Manza, Jeff y Debbie Van Schyndel (2000), “Comment: Still the Missing Feminist Revolution? Inequalities of Race, Class, and Gender in Introductory Sociology Textbooks”, *American Sociological Review*, vol. 65, pp. 468-475.
- Massolo, Alejandra (1996), “Mujeres en el espacio local y el poder municipal”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LVIII, núm. 3, pp. 133-144.
- McCartney, James L. (1970), “On Being Scientific: Changing Styles of Presentation of Sociological Research”, *American Sociologist*, vol. 5, pp. 30-35.
- McCloskey, Deirdre N. (1985), *The Rhetoric of Economics*, Madison (Wisconsin), University of Wisconsin Press.
- Medawar, P. B. (1990) [1963], “Is the Scientific Paper a Fraud?”, en *The Threat and the Glory: Reflections on Science and Scientists*, Nueva York, Harper Collins, pp. 228-233.
- Megill, Allan (1994), “Introduction: Four Senses of Objectivity”, en Allan Megill (ed.), *Rethinking Objectivity*, Durham (North Carolina), Duke University Press, pp. 1-20.
- Mendoza Rojas, Javier (2001), *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés.
- Merton, Robert K. (1973), *The Sociology of Science: Theoretical and Empirical Investigations*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.
- (1968) [1949], *Social Theory and Social Structure*, Nueva York, Free Press. [Merton, Robert K., *Teoría y estructura sociales*, trad. de Florentino M. Torner, México, FCE, 1980.]
- Merton, Robert K., David L. Sills y Stephen M. Stigler (1984), “The Kelvin Dictum and Social Science: An Excursion into the History of an Idea”, *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, vol. XX, núm. 4, pp. 319-331.
- Mills, C. W. (1967) [1959], *The Sociological Imagination*, Londres (Reino Unido)/Nueva York, Oxford University Press. [Mills, C. Wright, *La imaginación sociológica*, pról. de Gino Germani, epílogo de Todd Gitlin, trad. de Florentino M. Torner, México, FCE, 2003.]
- Mingo, Araceli (1996), “El sinuoso camino de las organizaciones productivas de campesinas”, *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, núm. 1, pp. 75-95.

- Muñoz García, Humberto (1994), "Notas sobre la formación de recursos humanos en ciencias sociales", en Manuel Perló Cohen (ed.), *Las ciencias sociales en México: análisis y perspectivas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales/Consejo Mexicano de Ciencias Sociales/Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, pp. 131-146.
- Nagel, Ernest (1961), *The Structure of Science: Problems in the Logic of Scientific Explanation*, Nueva York, Harcourt, Brace & World. [Nagel, Ernest, *La estructura de la ciencia. Problemas de la lógica de la investigación científica*, versión castellana de Néstor Míguez, Buenos Aires, Paidós, 1974.]
- Nagel, Thomas (1986), *The View from Nowhere*, Nueva York, Oxford University Press. [Nagel, Thomas, *Una visión de ningún lugar*, trad. de Jorge Issa González, México, FCE, 1996.]
- Nava Navarro, Araceli (1997), "De la acción colectiva al movimiento social. El caso de la Cooperativa Pascual", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LIX, núm. 3, pp. 301-316.
- Nelson, John S., Allan Megill y Deirdre N. McCloskey (1987), *The Rhetoric of the Human Sciences: Language and Argument in Scholarship and Public Affairs*, Madison (Wisconsin), University of Wisconsin Press.
- Novick, Peter (1988), *That Noble Dream: The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press. [Novick, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, trad. de Gertrudis Payás e Isabel Vericat, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997 (Colección Itinerarios).]
- Ordorika, Imanol (2003), *Power and Politics in University Governance: Organization and Change at the Universidad Nacional Autónoma de México*, Nueva York, RoutledgeFalmer.
- Paoli Bolio, Francisco José (ed.) (1990), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa.
- Pearson, Karl (1937) [1892], *The Grammar of Science*, Londres (Reino Unido), J. M. Dent & Sons Ltd. [Pearson, Karl, *La gramática de la ciencia*, trad. de Julián Besteiro, Madrid, Daniel Jorro, 1909.]
- Perló Cohen, Manuel (1994), *Las ciencias sociales en México: análisis y perspectivas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales/Consejo Mexicano de Ciencias Sociales/Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco.
- Pinch, Trevor y Trevor Pinch (1988), "Reservations about Reflexivity and New Literary Forms, or Why Let the Devil Have All the Good Tunes", en Steve Woolgar (ed.), *Knowledge and Reflexivity: New Frontiers in the Sociology of Knowledge*, Londres (Reino Unido)/Newbury Park (California), Sage, pp. 178-197.
- Platt, Jennifer (1996), *A History of Sociological Research Methods in America: 1920-1960*, Cambridge (Reino Unido)/Nueva York, Cambridge University Press.
- Polanyi, Michael (1958), *Personal Knowledge: Towards a Post-Critical Philosophy*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.

- Popper, Karl R. (1992) [1934], *The Logic of Scientific Discovery*, Londres (Reino Unido); Nueva York, Routledge. [Popper, Karl R., *La lógica de la investigación científica*, trad. de Víctor Sánchez de Zavala, Madrid, Tecnos, 1982.]
- (1979) [1972], *Objective Knowledge: An Evolutionary Approach*, Oxford (Reino Unido), Clarendon Press; Nueva York, Oxford University Press.
- Porter, Theodore M. (1995), *Trust in Numbers: The Pursuit of Objectivity in Science and Public Life*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Portes, Alejandro (1975), “Trends in International Research Cooperation: The Latin American Case”, *American Sociologist*, vol. 10, núm. 3, pp. 131-140.
- Proctor, Robert N. (1991), *Value-Free Science? Purity and Power in Modern Knowledge*, Cambridge (Massachusetts); Londres (Reino Unido), Harvard University Press.
- Pucciarelli, Alfredo (1999), “¿Crisis o decadencia? Hipótesis sobre el significado histórico de algunas transformaciones recientes de la sociedad argentina”, *Estudios Sociológicos*, vol. XVII, núm. 1, pp. 121-152.
- Putnam, Hilary (2002), *The Collapse of the Fact/Value Dichotomy and Other Essays*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- (1981), *Reason, Truth, and History*, Cambridge (Reino Unido)/Nueva York, Cambridge University Press.
- Quine, W. V. (1960), *Word and Object*, Cambridge (Massachusetts), Technology Press of the Massachusetts Institute of Technology.
- (1953), *From a Logical Point of View: Nine Logico-Philosophical Essays*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Ragin, Charles C. (1987), *The Comparative Method: Moving Beyond Qualitative and Quantitative Strategies*, Berkeley (California), University of California Press.
- Reichenbach, Hans (1938), *Experience and Prediction: An Analysis of the Foundations and the Structure of Knowledge*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.
- Restivo, Sal P. (1992), *Mathematics in Society and History: Sociological Inquiries*, Dordrecht (Holanda)/Boston, Kluwer Academic Publishers.
- Reyna, José Luis (1979), “La Investigación Sociológica en México”, en *Ciencias sociales en México: desarrollo y perspectiva*, México, El Colegio de México, pp. 47-72.
- Ribeiro, Darcy (1967), “Universities and Social Development”, en Seymour M. Lipset y Aldo E. Solari (eds.), *Elites in Latin America*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 343-381.
- Rorty, Richard (1982), *Consequences of Pragmatism: Essays, 1972-1980*, Minneapolis (Minnesota), University of Minnesota Press.
- Ross, Dorothy (1991), *The Origins of American Social Science*, Cambridge (Reino Unido)/Nueva York, Cambridge University Press.
- Ruben, David-Hillel (1990), *Explaining Explanation*, Londres (Reino Unido)/Nueva York, Routledge.
- Salas-Porras, Alejandra (2000), “¿Hacia un nuevo mecenazgo político? Democracia y participación electoral de los grandes empresarios en México”, *Estudios Sociológicos*, vol. XVIII, núm. 1, pp. 53-84.

- Salmon, Wesley C. (1998), *Causality and Explanation*, Nueva York, Oxford University Press.
- (1989), *Four Decades of Scientific Explanation*, Minneapolis (Minnesota), University of Minnesota Press.
- Sankey, Howard (1994), *The Incommensurability Thesis*, Avebury (Reino Unido), Aldershot.
- Scott, James C. (1998), *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven (Connecticut), Yale University Press.
- Sefchovich, Sara (1989), "Los caminos de la sociología en el laberinto de la *Revisita Mexicana de Sociología*", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LI, núm. 1, pp. 5-101.
- Shapin, Steven (1994), *A Social History of Truth: Civility and Science in Seventeenth-Century England*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.
- Silva, Edward T. y Sheila Slaughter (1984), *Serving Power: The Making of the Academic Social Science Expert*, Westport (Connecticut), Greenwood Press.
- Somers, Margaret R. (1998), "'We're No Angels': Realism, Rational Choice, and Relationality in Social Science", *American Journal of Sociology*, vol. 104, pp. 722-784.
- (1996), "Where Is Sociology after the Historic Turn? Knowledge Cultures and Historical Epistemologies", en Terrence J. McDonald (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor (Michigan), University of Michigan Press, pp. 53-89.
- Stavenhagen, Rodolfo (1998), "Consideraciones sobre la pobreza en América Latina", *Estudios Sociológicos*, vol. XVI, núm. 1, pp. 3-15.
- Stearns, Linda Brewster y Kenneth D. Allan (1996), "Economic Behavior in Institutional Environments: The Corporate Merger Wave of the 1980s", *American Sociological Review*, vol. 61, pp. 699-718.
- Steinmetz, George (2005a), "The Epistemological Unconscious of U.S. Sociology and the Transition to Post-Fordism: The Case of Historical Sociology", en Julia Adams, Elisabeth Clemens y Ann Shola Orloff (eds.), *Remaking Modernity: Politics, History and Sociology*, Durham (North Carolina), Duke University Press, pp. 109-157.
- (2005b), "The Genealogy of a Positivist Haunting. Comparing Prewar and Post-war U.S. Sociology", *boundary 2*, vol. 32, núm. 2, pp. 107-133.
- (2005c), "Positivism and its Others in the Social Sciences", en George Steinmetz (ed.), *The Politics of Method in the Human Sciences. Positivism and its Epistemological Others*, Durham (North Carolina)/Londres (Reino Unido), Duke University Press, pp. 1-56.
- (2005d), "Scientific Authority and the Transition to Post-Fordism: The Plausibility of Positivism in U. S. Sociology since 1945", en George Steinmetz (ed.), *The Politics of Method in the Human Sciences. Positivism and its Epistemological Others*, Durham (North Carolina)/Londres (Reino Unido), Duke University Press, pp. 275-323.

- (2004), “Odious Comparisons: Incommensurability, the Case Study, and ‘Small N’s’ in Sociology”, *Sociological Theory*, vol. 22, pp. 371-400.
- Stinchcombe, Arthur L. (2001), *When Formality Works: Authority and Abstraction in Law and Organizations*, Chicago (Illinois), University of Chicago Press.
- (1982), “On Softheadedness on the Future”, *Ethics*, vol. 93, pp. 114-128.
- (1978), *Theoretical Methods in Social History*, Nueva York, Academic Press.
- (1968), *Constructing Social Theories*, Nueva York, Harcourt, Brace & World.
- Tamayo, Sergio (1999), “Del movimiento urbano popular al movimiento ciudadano”, *Estudios Sociológicos*, vol. XVII, núm. 2, pp. 499-518.
- Taylor, Charles (1985), *Philosophy and the Human Sciences*, Cambridge (Reino Unido)/Nueva York, Cambridge University Press.
- Toulmin, S. E. (1970), “Does the Distinction between Normal and Revolutionary Science Hold Water?”, en Imre Lakatos y Alan Musgrave (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, pp. 39-47.
- Turner, Stephen P. (1998), “Did Funding Matter to the Development of Research Methods in Sociology?”, *Minerva*, vol. 36, pp. 69-79.
- (1994), “The Origins of ‘Mainstream Sociology’ and other Issues in the History of American Sociology”, *Social Epistemology*, vol. 8, pp. 41-67.
- Turner, Stephen P. y Regis A. Factor (1984), *Max Weber and the Dispute over Reason and Value: A Study in Philosophy, Ethics, and Politics*, Londres (Reino Unido)/Boston (Massachusetts), Routledge & Kegan Paul.
- Turner, Stephen P. y Jonathan H. Turner (1990), *The Impossible Science: An Institutional Analysis of American Sociology*, Newbury Park (California), Sage Publications.
- Urteaga Castro-Pozo, Maritza (1996), “Chavas activas punks: la virginidad sacudida”, *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, núm. 1, pp. 97-118.
- Valenti, Giovanna (1990), “Tendencias de la Institucionalización y la Profesionalización de las Ciencias Sociales en México”, en Francisco Paoli Bolio (ed.), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, pp. 431-470.
- Venkatesh, Sudhir Alladi (1997), “The Social Organization of Street Gang Activity in an Urban Ghetto”, *American Journal of Sociology*, vol. 103, pp. 82-111.
- Villa Aguilera, Manuel (1979), *Ideología oficial y sociología crítica en México, 1950-1970*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Centro de Estudios Latinoamericanos.
- Wagner, Peter (2001), *A History and Theory of the Social Sciences: Not All That Is Solid Melts into Air*, Londres (Reino Unido)/Thousand Oaks (California), Sage.
- (1990), *Sozialwissenschaften und Staat: Frankreich, Italien, Deutschland 1870-1980*, Frankfurt (Alemania)/Nueva York, Campus-Verlag.
- Wagner, Peter, Björn Wittrock y Richard Whitley (eds.) (1991), *Discourses on Society: The Shaping of the Social Science Disciplines*, Dordrecht (Holanda)/Boston (Massachusetts), Kluwer Academic Publishers.

- Weber, Max (1949), *The Methodology of the Social Sciences*, trad. y edición de Edward A. Shils y Henry A. Finch, Glencoe (Illinois), Free Press.
- (1946), *From Max Weber: Essays in Sociology*, trad. y edición de H. H. Gerth y C. Wright Mills, Nueva York, Oxford University Press. [Weber, Max, *El político y el científico*, introd. de Raymond Aron, trad. de Francisco Rubio Llorente, Madrid, Alianza Editorial, 1967 (Libro de bolsillo, 71).]
- Whittier, Nancy (1997), “Political Generations, Micro-Cohorts, and the Transformation of Social Movements”, *American Sociological Review*, vol. 62, pp. 760-778.
- Whorf, Benjamin L. (1956), *Language, Thought, and Reality: Selected Writings*, edición de John B. Carroll, Cambridge (Massachusetts), Technology Press of Massachusetts Institute of Technology.
- Williams, Bernard A. O. (1985), *Ethics and the Limits of Philosophy*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- (1978), *Descartes: The Project of Pure Enquiry*, Hassocks (Reino Unido), Harvester Press. [Williams, Bernard Arthur Owen, *Descartes. El proyecto de la investigación pura*, trad. de Laura Benítez, México, UNAM, 1995.]
- Winch, Peter (1958), *The Idea of a Social Science and its Relation to Philosophy*, Londres, Routledge & Kegan Paul; Nueva York, Humanities Press.
- Windelband, Wilhelm (1980) [1894], “Rectorial Address, Strasbourg, 1894”, *History and Theory*, vol. 19, pp. 169-185.
- Wirth, Louis (ed.) (1940), *Eleven Twenty-Six: A Decade of Social Science Research*, Chicago (Illinois), The University of Chicago Press.
- Wittrock, Björn y Peter Wagner (1996), “Social Science and the Building of the Early Welfare State: Toward a Comparison of Statist and Non-Statist Western Societies”, en Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (eds.), *States, Social Knowledge, and the Origins of Modern Social Policies*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press; Nueva York, Russell Sage Foundation, pp. 90-113.
- (1990), “Social Science and State Developments: The Structuration of Discourse in The Social Sciences”, en Stephen Brooks y Alain Gagnon (eds.), *Social Scientists, Policy, and the State*, Nueva York, Praeger, pp. 113-137.
- Woolgar, Steve (ed.) (1988a), *Knowledge and Reflexivity: New Frontiers in the Sociology of Knowledge*, Londres (Reino Unido)/Newbury Park (California), Sage.
- (1988b), “Reflexivity Is the Ethnographer of the Text”, en Steve Woolgar (ed.), *Knowledge and Reflexivity: New Frontiers in the Sociology of Knowledge*, Londres (Reino Unido)/Newbury Park (California), Sage, pp. 14-34.
- (1981), “Discovery: Logic and Sequence in a Scientific Text”, en K. Knorr, R. Krohn y R. Whitley (eds.), *The Social Process of Scientific Investigation*, Dordrecht (Holanda), D. Reidel, pp. 239-268.
- Wong, David B. (1989), “Three Kinds of Incommensurability”, en Michael Krausz (ed.), *Relativism: Interpretation and Confrontation*, Notre Dame (Indiana), University of Notre Dame Press, pp. 140-158.

- Wright, G. H. von (1971), *Explanation and Understanding*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press.
- Zapata, Francisco (1990), *Ideología y Política en América Latina*, México, El Colegio de México.
- Zermeño, Sergio (1999), “México: ¿todo lo social se desvanece?”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LXI, núm. 3, pp. 183-200.
- Zhao, Dingxin (1998), “Ecologies of Social Movements: Student Mobilization during the 1989 Prodemocracy Movement in Beijing”, *American Journal of Sociology*, vol. 103, pp. 1493-1529.
- Ziccardi, Alicia (1999), “Pobreza, territorio y políticas sociales”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LXI, núm. 4, pp. 109-126.